

AMALIA.

POR

JOSÉ MARRAS.

SEGUNDA EDICION.

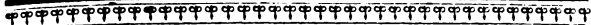


BUENOS AIRES.

IMPRESA AMERICANA, STA. CLARA NUM. 62.

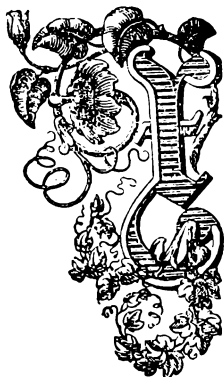
1886.

AMALIA.



CAPITULO X.

Primavera de sangre.



A los pájaros cantaban al asomar el día, el himno misterioso de la naturaleza á su Creador.

La golondrina volvía de sus calientes climas, y cruzaba rápida y sin destino, como las imájenes del delirio.

El duraznero ostentaba todo el lujo de sus estrellas color de rosas y violetas; y entre los glóbulos dorados de su flor, se cuajaba el jérmén de su esquisito fruto.

El nardo se levantaba altivo, como la palmera del desierto; y á su pié la tímida violeta se escondía entre sus pabellones de esmeralda, lastimada de su punzante aroma.

El jacinto asomaba gracioso á respirar el aire primaveral que lo rizaba. Y la espléndida reina de las flores abría su globo de púrpura para beber el llanto de la aurora, dejando herir su seno por el rayo del matutino sol, á cuyo influjo fermentaba el ámbar que encerraba; como la vírjen que deja penetrar por su pupila la mirada ardiente que va hasta el corazon, y roba y bebe el primer soplo de amor, que un suspiro de la divinidad puso en su seno.

Y sobre las hojas punzoes de la rosa, ó sobre la frente pálida de la azucena, la mariposa esparcía el polvo de oro de sus alas, y remontaba luego á embriagarse de luz y de colores:—imájen delicada y tierna de la mujer, cuando se abre la flor de su inocente vida, y vuela en el jardin de las

ilusiones, derramando el oro de su imaginacion sobre las flores fragantes de sus deseos.

Las olas comenzaban á descansar ya de su agitacion en el ríjido invierno que acababa, y se dormian sobre sí mismas, como reposan las pasiones sobre el mismo corazon que les dió vida. Los vientos de la Pampa plegaban su ala poderosa; y las templadas brisas de los trópicos se escurrian á la rejion del Plata, á conquistar el desierto palacio del invierno.

Toda la naturaleza se rejeneraba; se cubria de galas, respiraba esperanzas, y reflejaba poesía, como la amante abandonada vuelve á la radiantéz de su belleza, rebosando promesas y alegria, cuando el aliento del amante ausente viene de imprevisto á entibiar la frente marchitada por el frio glacial del abandono.

Al invierno yermador, árido y triste, sucedia la creadora y alegre primavera. Y para toda la naturaleza habia una caricia, una sonrisa, una promesa..... menos para el hombre.

La flor, el campo, el agua, las nubes y los ástros que tachonan el manto celestino de Dios, todos recibian una mirada vivificadora, al abrirse el reina-

do de la opulenta primavera, en las rejiones del Plata..... menos el hombre.

Su destino, frio como una cifra, adherido á su vida como el mármol al sepulcro, é incontrastable como el paso del tiempo, lo empujaba de desgracia en desgracia, y sin otra esperanza que en Dios, cuya mirada aparecia envuelta entre las nubes, sin llegar al alma, y alumbrarla, en la terrible noche de su infortunio.

La primavera comenzaba para la naturaleza. Pero ¡ay! el ámbar de la flor iba á extinguirse entre el olor de la sangre.

El campo iba á perder su manto de esmeralda, con las manchas de sangre, que ni el pié de los años borraría.

El arroyo iba á llevar sangre en su corriente. La luz del dia á encapotarse entre vapor de sangre. Y los ástros que tachonan el manto celestino de Dios, iban á quebrar su ténue rayo sobre charcas de sangre.....

Jugado estaba ya el destino de los pueblos del Plata. Su vida amarrada al potro de la tiranía,

nuevo Mazeppa, iba á desangrarse por largos años, rotas las carnes de la libertad, en las espinas de un bosque de delitos y desgracias :

Las tradiciones de la revolucion.

El destino de 1810.

Las promesas risueñas de 1825.

Los progresos intelectivos de la sociedad.

La moral de educacion y de raza.

El carácter de los pueblos, su índole y su imajinacion misma, todo iba á acabar de subvertirse bajo el mas disolvente de los gobiernos, bajo la mas inmoral de las escuelas públicas: bajo el gobierno personal y tiránico, bajo el ejemplo de sus medios bárbaros. Un gobierno tanto mas funesto, cuanto que debia dejar inoculadas en la sangre de una jeneracion que se levantaba á la vida, los malos hábitos de los pueblos que nacen y se educan bajo el imperio de los déspotas, en que la dignidad humana es escarnecida; la obediencia irreflexiva y ciega, una condicion de la ecsistencia individual; y las ideas y los intereses sociales, plantas ecsóticas en el terreno de ese gobierno.

La ausencia de todo espíritu de comunidad y asociacion, habia conservado hasta entonces el mal

gobierno de Don Juan Manuel Rosas, como habia servido en gran parte á la anarquía que lo produjo. Y la prolongacion de aquel gobierno iba á acabar de ahondar ese mal jenerador, en la tierra vírjen de una sociedad sin hábitos ni creencias todavía. De este modo se preparaban para el futuro, funestos y terribles síntomas de resistencia á la reaccion que apareciese contra ese órden de cosas, en que ya no habría que luchar contra el tirano, sino contra los resabios de la tiranía.

Rosas habia triunfado sin vencer. Y desde entonces, todas las cuestiones lejanas que rodeaban el horizonte de su gobierno, iban á ceder poco á poco, y por sí solas, en la pendiente de su fortuna, ó mas bien, en el terreno de la fatalidad histórica; porque los cuadros históricos que ofrece al estudio la vida de los pueblos, ni quedan, ni se presentan incompletos nunca.

La República Argentina, como pueblo nuevo, habia completado ya, en quince años, su epopeya de combates y glorias; y puesto con su lanza el sello de su fuerza militar en la América, y de su destino en el mundo, como pueblo. Con su último cañonazo habia dicho la última palabra de sus

primeras aspiraciones de 1810, y completado con el fuego de su pólvora la última luz del gran cuadro de su primera vida.

Le faltaba el segundo periodo de su revolucion. Y aquí se chocaron entonces los grandes extremos del pensamiento: la innovacion que creaba, la reaccion que destruia.

Triunfante la última en sus primeros pasos, la lójica de la historia no podia fallar, y era necesario que se completase el gran cuadro de esa otra faz de la nueva nacion. Y el crimen, el vicio, la relajacion de todas las nociones del cristianismo, la subversion de todos los principios conservadores de la sociedad, el atraso, la estagnacion y la indolencia, la inaccion y la impotencia del pensamiento, el olvido de la tradicion, y una índole acomodaticia al nuevo órden de vida, todo debia contribuir á llenar el cuadro de la tiranía de Rosas, que no debia quedar incompleto, como no lo queda ninguna de las perspectivas históricas, que nacen sin esfuerzo, de situaciones dadas y francas en la vida de las sociedades.

Y allá en los futuros tiempos, cuando el pensador argentino separe la yedra que cubra la tumba

de los primeros años de la patria, para encontrar las inscripciones sangrientas de sucesos y jeneraciones que rodaron en la tormenta de su juventud, y busque frio y tranquilo la injénua filosofía de nuestra historia, no se pasmará, por cierto, de nuestra larga y pesada tiranía, espresion franca y candorosa del estado social en que nos encontró la revolucion. Pero sí bajará su frente, avergonzado de que la alta figura que haya que dibujarse en el gran cuadro de ese episodio lúgubre de nuestra vida, sea la figura de Don Juan Manuel Rosas. Porque lo mas sensible para la historia arjentina, no será, por cierto, el tener que referir la ecsistencia de un tirano, sino el que ese tirano fuese Rosas.

Rosas fué un tirano ignorante y vulgar. A ningun fin político iban sus pasos. Ninguna alta idea formaba el centro de sus acciones. Y trás su vida política, no debia quedar sino un recuerdo repugnante de ella.

Solo el crimen fué sistemático en ese hombre. Pues ese tan ponderado sistema de su americanismo para repeler toda injerencia europea entre nosotros, defendiendo constantemente la dignidad

de la bandera azul y blanca, fué una larga mentira del dictador, inventada para despertar en favor suyo las susceptibilidades nacionales: á lo menos la historia de sus propios actos así lo proclama.

Mucho antes de su jactancioso patriotismo americano, y en la edad en que el hombre es mas susceptible á la ebullicion de los sentimientos patrióticos, ecsajerados con frecuencia por el calor de la sangre, y los arranques impetuosos del carácter personal, Rosas habíase puesto de parte de los extranjeros y aplaudido un acto de piratería ejercido contra el pabellon nacional.

Despues de la revolucion de 1.º de Diciembre de 1828, un hecho escandaloso fué cometido por el Comandante Mr. de Venancourt, al mando de las fuerzas francesas en estas aguas, contra nuestra pequeña escuadra, asaltada en medio de la noche, por las tripulaciones francesas. Don Juan Manuel Rosas, en armas ya contra la revolucion, se dirigió á Mr. de Venancourt aprobando su conducta, y pidiéndole que retuviese la escuadra. (*)

(*) El manuscrito tiene el honor de dirigirse al Sr. Comandante de la escuadra francesa, para presentarle en su nombre y en

Sin altura ni dignidad personal, confiaba su pequeñez y su miseria, á sus mismos subalternos; or-
el de todos los ciudadanos de la nacion arjentina, el mas sincero y justo homenaje de reconocimiento por los sucesos que han tenido lugar en estos últimos dias respecto de la escuadra nacional que, á consecuencia de la insurreccion del 1.º de Diciembre, habia caido en poder de dichos insurjentes, por haber puesto en libertad á los prisioneros detenidos á bordo, y otros pasos que demuestran claramente que los ajentes públicos de la nacion francesa, han sabido reconocer al gobierno lejítimo de la República Arjentina, y obrar en conformidad á las relaciones de estrecha amistad que la República Arjentina conservaba hasta el 1.º de Diciembre con la nacion francesa.

El abajo firmado ha tenido comunicaciones interesantes del Sr. Mendeville cónsul jeneral de Francia, y le ha respondido de una manera satisfactoria. En definitiva, y hallándose el infrascripto jeneral suficientemente autorizado por el poder soberano de la nacion, para arreglar y disponer todo lo que se mire como necesario al restablecimiento de las leyes y de las autoridades lejítimas de la provincia de Buenos Aires, requiere del Comandante á quien se dirije :

En primer lugar, que la escuadra nacional tomada á los insurjentes no sea devuelta, sino que sea guardada á la vista y en seguridad; que se tomen los buques nacionales que se hallan en el Paraná, que se haga toda especie de hostilidades contra los que hoy mandan ilegalmente en Buenos Aires; que se permita al jeneral infrascripto una entrevista que podrá tener lugar en la Ensenada; que se haga comunicacion de todas estas resolucio-

denando á los gefes militares, de oficio, que min-
tiesen en sus comunicaciones, aumentando el nú-
mero de sus fuerzas (*)

nes al cónsul jeneral, y para abrir una comunicacion frecuente con
el susodicho cónsul jeneral, el Comandante de la escuadra facilita-
rá los medios de comunicacion necesarios á la Ensenada, donde
el que firma pondrá á la disposicion del Comandante francés, tan-
ta carne fresca cuanta necesite diariamente para sus buques y para
todos los demás que quiera proveer de ella y que pueda desear
el susodicho Comandante.

El Comandante jeneral Don Prudencio Rosas (hermano de
jeneral), se halla en la Ensenada encargado de proporcionar al
Señor Comandante de la escuadra, todo cuanto necesite, y la mis-
ma orden se ha dado desde Quilmes hasta el Tuyú, y por todas
las costas y puertos donde se hallen sus tropas; ellas están
prontas á ejecutarlo.

El infrascripto tiene el honor de saludar, &c.

JUAN MANUEL ROSAS.

(Esta carta fué conocida recien el 29 de Diciembre de 1849 ;
presentada á la cámara de disputados por Mr. Larrochejaquelein.)

(*) "El jeneral edecan de S. E. D. Manuel Corvalan, al Co-
mandante en jefe del número 2, coronel D. Antonio Ramirez.

"S. E. encarga á V. S. que al comunicar noticias del número
de que se compone la division, diga siempre el doble, y que la
mitad es de línea, y que esta noticia con especialidad, la haga
correr hácia el Sur de la campaña, y hácia esta ciudad, y por úl-
timo para todas partes, para donde se le proporcione oportunidad

Pero mas que esto. El cinismo del Dictador llegaba á tal punto, que él mismo, de su puño y letra, escribía las instrucciones para los correos que partían de Buenos Aires para las provincias y Bolivia; ordenándoles que por todo su camino fuesen diciendo que: "S. E. trabajaba dia y noche en sosten de la causa americana: que hasta las potencias extranjeras le tributaban respeto y admiracion por su valor y por su jénio: que todo el mundo estaba pronto á sacrificarse por él: que en todos los paquetes recibia cartas y regalos de los reyes: y que dentro de poco se iba á saber todo lo que él valia." &a. &a. (*)

Capitaneó una de las épocas de la vida social, que con él, ó sin él, tenia por fuerza que desenvolverse en el naciente pueblo; y no se hizo céle-

de escribir sea para donde fuere, aun cuando sea al Norte,—debe ahora V. S. hacer correr que tiene consigo mil hombres incluso quinientos de línea, y que viene en alcance suyo la division de Barrancosa compuesta de quinientas plazas de las tres armas de línea y milicia, ardiendo todos por volar ó acabar con los salvajes unitarios sublevados, viles esclavos de los asquerosos franceses."

(*) Posémos cinco instrucciones de este jénero, escritas por Rosas, que publicaremos alguna vez entre infinitos documentos curiosos, sobre la vida del dictador.

bre por haber organizado esa época, sino por haberla ultrapasado en sus impulsos reaccionarios; y no se hizo espectable, individualmente, sino por la ferocidad de su alma, y por las infinitas circunstancias que los sucesos fueron eslabonando en torno suyo, debidos en su mayor parte á causas que no recibieran creacion, ni impulsión de la cabeza de Rosas: como sucedió con la contramarcha repentina del Ejército Libertador, que dejaba abierto el camino por donde la tiranía reaccionaria debia marchar hasta su última espresion en la República.

Sobre las tablas del tiempo, fué Setiembre de 1840 quien jugó el destino de los pueblos del Plata; y en perdida la libertad, la primavera de la naturaleza, no fué sino la primavera de sangre de los arjentinos.

Los sucesos que se precipitan, anudándolos con los sucesos anteriores que se conocen ya, nos van á dar á comprender todo lo que tiene de terrible y de lúgubre esa verdad.





CAPITULO XI.

De cuarenta, solo diez.



EN la noche siguiente á aquella en que la policia federal comenzó á hacer de las suyas en la *Casa Sola*, y en que Luisa recibió por premio de su oracion una inspiracion que salvó á todos, varios hombres se habian ido reuniendo, desde las ocho de la noche en

un largo almacén de efectos por mayor, contiguo á una hermosa casa de altos que dominaba casi toda la calle de la Universidad. (*)

Los que llegaban, llamaban de un modo especial, y la puerta del almacén se abría, para cerrarse en el acto.

Apenas allá en el fondo se distinguía la débil claridad de una luz, colocada tras una pila de cajones de vino, y en redor de la cual iban juntándose los que llegaban. Y á pesar de la distancia que mediaba entre la calle y el fondo del almacén, en que se hallaban, la conversacion, aunque animada, se sostenía, sin embargo, en voz baja. Pero esta precaucion se esplicaba por la circunstancia de que la casa de altos, á que pertenecía el almacén, y con la cual se comunicaba por una puerta al patio, era habitada en esa época por una familia federal. Pero lo que sí sorprendía, era ver que habían quitado de la parte interior de la puerta los efectos que había amontonados contra ella, y desclavado una gruesa tabla que cruzaba

(*) En toda esta obra se usa, como es natural, de la nomenclatura que tenían las calles en 1840, en que tienen lugar los acontecimientos que refiere.

las hojas, y, por último, llamaba la atención mas que todo cuanto se ha descrito, una hilera de fusiles, puesta cerca de la puerta del patio, entre unos barriles de vino y la pared.

Todo este aparato, en aquel lugar, bajo tal misterio, á semejantes horas y en aquellos tiempos, era mas que suficiente para que la muerte se dejara de andar revolviendo los cabellos de cuantas cabezas allí habia.

—Las diez,—dijo uno, acercando su reloj á la vela de sebo que ardia sobre un candelero de metal, puesto en el suelo.

—Mejor,—repuso otro, levantándose y dando algunos pasos.

—Sí, cierto,—agregó un tercero,—si no hubiera nada, ya lo sabriamos á estas horas.

—Yo creo que la entrada no será hasta la madrugada,—observó otro levantándose tambien; pues que todos estaban sentados sobre cajones de vino, en redor de la vela.

—Pero, cómo és que no vienen los demas?

—Pero es que no sabemos cuantos somos.

—Te lo ha dicho Belgrano?

—No.

—Tampoco me ha dicho Bello el número de los que debíamos reunirnos.

—Y qué importa el número?

—Toma, si importa! Cree usted que con los que estamos aquí podemos hacer gran cosa?—repuso el que allí parecía el mayor de todos, no obstante que apenas representaba treinta y cinco años; teniendo en toda su figura un nó sé qué de aire militar.

—Yo sé lo que ha de ser,—dijo otro.

—Qué?—preguntaron varios.

—Que Bello y Belgrano han de haber señalado varios puntos de reunion en esta misma manzana, ó en la misma cuadra, tal vez; y concertado la seña para el momento en que nos hagamos dueños de esta casa, y nos subamos á la azotea como á cosa nuestra, á pesar de los gritos que quieran dar sus dueños, si es que los federales tienen fuerzas para gritar dentro de algunas horas.

—Eso parece una esplicacion,—repuso el personaje de aire marcial.—Porque,—continuó,—no es que con diez ó doce hombres no podamos apagar los fuegos de todas las azoteas de esta calle, desde el lugar en que nos vamos á colocar, y en

caso que haya quien quiera hacer fuego sobre Lavalle, sino que si tenemos que salir á operar fuera de aquí, por cualquier accidente, entonces no bastan los que somos.

—Yo por ejemplo, haya ó no combate, me voy, con cuatro mas que ya estamos convenidos, en cuanto pase la fuerza por esta calle.

—Vé usted? ya quedamos menos. ¿Y donde diablos va usted?

—A casa de Rosas.

—Quiere usted prender á Manuela?

—No; por el contrario, trataria de defenderla si alguien quisiera insultarla.

—Y yo tambien.

—Y yo,—dijeron algunos jóvenes.

—Pero entonces qué quiere usted hacer con la casa de Rosas?—repuso aquel el mas grave de todos,—cree usted que los rosines se irán á esconder allí?

—Nó, no creo tal zonzeria.

—Y entonces?

—Los papeles.

—Ah!

—Los papeles; eso es lo que yo quiero.

—Muy buen provecho le hagan á usted, amiguito mio ; pero me parece que ellos, y la carabina de Ambrosio, han de valer lo mismo.

—Para los militares, puede ser ; para los escritores, no,—contestó el jóven de los papeles algo picado.

—Pues ! y como vamos á deber á los escritores la caida de Rosas, justo es que ellos continúen la obra,—repuso con aire burlon, el que lo tenia de militar.

—Puede ser que no se equivoque usted.

—Porsupuesto ! un cañonazo de gacetas haria un estrago terrible en el campamento de Rosas !

—Eso ya es personal, caballero.

—Pero, Señores, por amor de Dios—dijo otro que no habia hablado todavia,—es posible que no podamos estar juntos cuatro arjentinos, sin que nos pongamos en anarquia ? Todavia no hemos vencido á Rosas, y ya nos ponemos á disputar sobre si el elemento militar ha sido mas poderoso, para derrocarlo, que la propaganda literaria ?

—Es que

Un golpe en la puerta interrumpió la respuesta, y llamó la atencion de todos, mientras se

fué á abrir porque se habia llamado del modo convenido.

Un instante despues, Daniel y Eduardo estaban rodeados de los diez personajes que allí habia.

Los dos jóvenes venian de poncho, y con grandes divisas federales en el sombrero. Pero ambos, y mas especialmente Daniel, tenian en su rostro una espresion de dolor y de despecho, marcada por el pincel de la naturaleza, con toda la verdad y la elocuencia de sus obras maestras. Se leía, puede decirse, en la cara de aquellos jóvenes, todo cuanto pasaba en su alma en ese instante. Y tanto, que el presunto invasor á los papeles de Rosas no pudo contenerse y les dijo :

—La cara de cada uno de ustedes es un boletín de Rosas, en que nos dá cuenta de la derrota de Lavalle.

—No,—contestó Daniel.—No, Lavalle no ha sido derrotado. Es mas que esto. '

—Diablo! El *mas* no se me habia ocurrido hasta ahora ;—repuso otro.

—Y sin embargo, así es,—replicó Daniel.

—Pero esplicaos, con mil santos,—esclamó el defensor de los militares.

—Nada mas fácil, amigo mio,—contestó Daniel, y prosiguió :

Lavalle ha emprendido su retirada á las seis de la tarde de hoy, desde Merlo. Y á mi juicio esto importa la derrota de nuestra causa por muchos años, cosa que es de mas importancia sin duda, que la derrota de un ejército.

Un largo silencio sucedió á aquella declaracion. Un frio glacial heló la sangre en el corazon de todos. Esa noticia era precisamente la que menos se esperaba.

Eduardo rompió el silencio.

—Sin embargo,—dijo,—Bello no ha dicho todo. Es cierto que Lavalle ha contramarchado. Pero entiendo, segun las mismas noticias de Daniel, que vá á dar un golpe á Lopez que le está incomodando su retaguardia, para volver despues, libre de ese inconveniente, á operar sobre Rosas.

—Claro está—repuso otro—Ahora ya entiendo. Quiere decir que todo el susto que nos ha dado Bello, no tiene mas fundamento, que la demora del triunfo por algunos dias.

—Indudable,—dijeron todos.

—Cierto.

—Pensad como gustéis, Señores,—replicó Daniel.—Para mí esto es concluido. La empresa del jeneral Lavalle, para tener éxito, debia obrar, mas sobre la moral, que sobre la fuerza material de Rosas. El momento se ha perdido. La reaccion del espíritu vendrá en el numeroso partido federal, y repuesto de su primera impresion, será diez veces mas fuerte que nosotros. Dentro de dos horas, en este momento mismo, el jeneral Lavalle podia tomar á Buenos Aires. Mañana ya será impotente. Lopez lo sacará de la provincia. Y entretanto, Rosas levantará otro ejército sobre su retaguardia.

—Pero cómo se sabe su retirada?—preguntó uno.

—Me creis, ó nó? `Si me creis, evitad preguntas cuya respuesta á nada conducirá;—contestó Daniel con sequedad—básteos saber que hoy 6 de Setiembre ha emprendido su retirada, despues de haber llegado hasta Merlo; y que la noticia la he recibido hace media hora.

—Bien, es preciso comunicársela á los otros.

—A cuales otros,—preguntó Eduardo.

—Pues qué! no hay en el barrio alguna otra reunion de nuestros amigos?

Daniel se sonrió de un modo cruel, puede decirse, pues que la ironía y el desprecio se dibujaron en su expresivo rostro.

--No, Señores,—contestó,—no hay mas reunion que la presente. Hace quince dias que tuve la palabra de cuarenta hombres para este caso. Despues se me redujo á treinta. Ayer á veinte. Ahora os cuento y no hallo sino diez. ¿Y sabeis lo que es esto? la filosofía de la dictadura de Rosas. Nuestros hábitos de desunion, en la parte mas culta de la sociedad; nuestra falta de asociacion en todo y para todo; nuestra vida de individualismo; nuestra apatía; nuestro abandono; nuestro egoismo; nuestra ignorancia sobre lo que importa la fuerza colectiva de los hombres, nos conserva á Rosas en el poder, y hará que mañana corte en detal la cabeza de todos nosotros, sin que haya cuatro hombres que se den la mano para protegerse recíprocamente. Será siempre mentira la libertad; mentira la justicia; mentira la dignidad humana; y el progreso y la civilizacion, mentiras tambien, allí donde los hombres no ligen su pensamiento y su voluntad para hacerse todos solidarios del mal de cada uno, para congratularse

todos del bien de cada uno, para vivir todos, en fin, en la libertad y en los derechos de cada uno. Pero donde no hay veinte hombres que unan su vida y su destino el día en que se juega la libertad y la suerte de su patria, la libertad y la suerte de ellos mismos, allí debe haber por fuerza un gobierno como el de Rosas, y allí está bien y en su lugar ese gobierno. gracias, amigos míos, honrosas excepciones de nuestra raquítica jeneracion, que tiene de sus padres todos los defectos sin ninguna de las virtudes. Gracias otra vez. Ahora ya no hay patria para mañana, como la esperábamos. Pero es preciso que la haya para dentro de un año, de dos, de diez, quien sabe! Es preciso que haya patria para nuestros hijos siquiera. Y para esto, tenemos desde hoy que comenzar bajo otro programa de trabajo incesante, fatigoso, de resultados lentos, pero que darán su fruto con el tiempo. El trabajo de la emigracion. El trabajo de la propaganda en todas partes, á todas horas, sin descanso. El trabajo del sable en los movimientos militantes. El trabajo de la palabra y de la pluma donde haya cuatro hombres que nos escuchen en el exterior, porque alguna de

esas palabras ha de venir á la patria en el aire, en la luz, en la ola. Mi presencia todavia es necesaria en Buenos Aires por algunas semanas; pero la vuestra, nó. Hasta ahora he tratado de ser el dique de la emigracion. Ahora la escena ha cambiado, y seré su puente. Al extranjero, pues. Pero siempre rondando las puertas de la patria. Siempre golpeando en ellas. Siempre haciendo sentir al bárbaro que la libertad aun tiene un éco; teniéndolo siempre en lucha para gastarle su fuerza, sus medios, su terror mismo. He ahí nuestro programa por muchos años. Es un combate de sangre, de espíritu, de vida al que vamos á entrar. Aquel que sobreviva de nosotros; cuando la libertad sea conquistada, enseñe á nuestros hijos que esa libertad durará poco, si la sociedad no es un solo hombre para defenderla, ni tendrán patria, libertad, ni leyes, ni relijion, ni virtud pública, mientras el espíritu de asociacion no mate al cáncer del individualismo, que ha hecho y hace la desgracia de nuestra jeneracion. Abrazémonos y despedámonos hasta el extranjero.

Las lágrimas corrian por el semblante de todos, pocos momentos antes tan llenos de esperanzas

y sueños de libertad y triunfo, y un momento despues solo quedaba en aquel lugar de tan tristísimo desengaño, el encargado de cerrar las puertas y guardar las armas.

Al cerrar este capítulo, en que la *novela* ha sido una verdadera *historia*; pues que tal reunion tuvo lugar en efecto en la noche del 6 de Setiembre de 1840, con algunos de los incidentes que se han referido, queremos apoyar las palabras del héroe del romance, sobre su gran tema de *asociacion*, con lo que ecsiste en Inglaterra en un solo ramo de las asociaciones inglesas; en ese imperio cuyo poder y grandeza no tiene otra base que la asociacion en todo y para todo.

Solo con espíritu y tendencias religiosas y humanitarias, ecsisten en Inglaterra las siguientes sociedades :

Sociedad para preservar la vida de los hombres contra toda clase de accidentes, el agua, el fuego, &c.

Sociedad para garantir del incendio las vidas de las personas sorprendidas por esta calamidad.

Sociedad para recojer los náufragos.

Sociedad para prevenir los malos tratamientos

á los animales, brutalidades que hacen feroces á los hombres, y que hacen á los animales, nuestros ausiliares en la vida, un suplicio de los servicios que nos prestan.

Sociedad de mejora de la suerte de los labradores.

Sociedad para propagar la instruccion en las clases industriales.

Sociedad para mejorar el estado sanitario del pueblo en la Capital.

Sociedad para inspirar el gusto del aseo al pueblo, abriéndole en los cuarteles populosos y pobres, casas de baños gratuitos, ó casi gratuitos, con lavaderias, secadores calientes, en donde la mujer indiferente, y el hombre sin ropa blanca de remuda, pueden por dos sueldos bañarse en agua tibia, lavar, secar su ropa ó la de su familia.

Sociedad para facilitar á los obreros y á los mercaderes de menudeo, los medios de cerrar temprano sus talleres ó sus bodegones, y pasar la prima noche entretenidos en lecturas sanas, y entretenimientos domésticos útiles á sus costumbres y á su salud.

Sociedad de templanza para prevenir en el pue-

blo el abuso de los licores embriagantes, y suprimir así la miseria y el embrutecimiento; consecuencia de la borrachera. Los miembros de esta sociedad, para dar el ejemplo al pueblo, se abstienen ellos mismos de vino y de cerveza, sujetándose á privaciones que solo el sentimiento relijioso puede esplicar.

Sociedad para la estincion del vicio, fundada por *Wilberforce* el emancipador de los negros. Gasta sumas considerables para la propagacion por la prensa de la moral y del sentimiento relijioso en las clases pobres ó ricas de la Gran Bretaña.

Sociedad para la tutela moral y relijiosa de los hijos de los sentenciados y de las mujeres perdidas.

Sociedad con un inmenso capital para la educación, mantenimiento y colocacion de los hijos ilegítimos.

Sociedad para recoger las mujeres enfermas ó desechadas de las casas sospechosas.

Sociedad para la conversion de las prostitutas.

Sociedad para el asilo de mujeres que, habiendo cometido faltas, quieren volver á la mejor vida y á prácticas relijiosas.

Sociedad para ofrecer refugio á mujeres ó niñas espuestas, por su edad y su escasés, á las tentaciones del vicio.

Sociedad para la supresion de las casas infames.

Sociedad para suministrar un hogar y trabajo á las mujeres virtuosas, y á los sirvientes sin colocacion.

Sociedad para enseñar su relijion, y un oficio, á las mujeres arrepentidas.

Sociedad para la proteccion gratuita por las leyes de las mujeres perseguidas ó maltratadas por los que tienen autoridad sobre ellas, y que abusan.

Sociedad de aprendizaje gratuito para los presos jóvenes castigados por delitos correccionales.

Sociedad para la estincion del crimen por medio de la instruccion y de la propiedad, propagadas en las clases mas habitualmente criminales.

Sociedad para la reforma de las prisiones, y la construccion por suscripcion de prisiones correctivas y casas de trabajo.

Cinco ó seis sociedades para la reforma de las costumbres de las mujeres presas.

Sociedad para apoderarse á la espiracion de la condena, de las personas castigadas por una pri-

mera falta, á fin de impedir las reincidencias, y ponerlas en el camino de las buenas costumbres y del trabajo.

Sociedad para prevenir la mendicidad por medio de socorros inmediatos y contínuos á domicilio.

Sociedad para visitar regularmente las familias menesterosas de cada parroquia ó de cada barrio.

Sociedad de informe para ilustrar la caridad privada sobre las personas que por medio de cartas solicitan limosnas.

Sociedad para abrir asilo de noche á los individuos que se encuentran desprovistos de alojamiento y de fuego durante el invierno.

Sociedad para establecer dormitorios y cocinas económicas, para los obreros que momentáneamente se hallan sin hogar.

Sociedad para suministrar á las familias pobres de obreros, el pan y el carbon á precio mas bajo y sin ganancia para el vendedor al menudeo, en todos los barrios de Londres.

Sociedad de servicio de sopa sustanciosa para los que mueren de hambre.

Sociedad para buscar y visitar á todos los extranjeros de cualquiera religion que sean, y á cual-

quier país que pertenezcan para socorrerlos en su abandono.

Sociedad para leer al pueblo la Santa Escritura.

Para las viudas sin apoyo y sin recursos.

Para los presos por deudas.

Para los marineros estropeados ó inválidos.

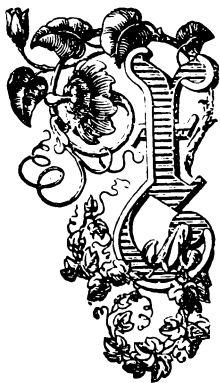
&, como cien sociedades mas.





CAPITULO XII.

La ley de hambre.



IMPOSIBLE es dar á conocer en los rasgos fujitivos del romance, la situacion pública de Buenos Aires, despues de la retirada del Ejército Libertador.

El espíritu no volvia en sí del pasmo que le habia causado tal noticia; y una lucha febriciente

de la esperanza y el desengaño lo agitaba terriblemente. Todavía se esperaba, en cada semana, en cada día que pasaba, la vuelta del jeneral Lavalle sobre Buenos Aires, despues de haber triunfado sobre Lopez. Y esta esperanza era sostenida por los periódicos y las cartas de Montevideo, que llegaban de contrabando dos ó tres veces por semana.

Esos periódicos escritos con una pasión y un entusiasmo, con una perseverancia y una imaginación que solo se hallan en rarísimas épocas de la vida de un pueblo, caían como fierro candente en el espíritu que se enfriaba. Y sobre hechos falsos, sobre detalles inventados, sobre conjeturas irracionales, se formaba, sin embargo, en muchos una fé positiva, una esperanza robusta.

Pero todo caía vencido por el terrorismo.

Rosas poseedor del secreto de su triunfo real, ya no pensaba sino en vengarse de sus enemigos, y en acabar de enfermar y postrar el espíritu público, á golpes de terror. El dique habia sido roto por su mano, y la Mashorca se desbordaba como un río de sangre.

La sociedad estaba atónita; y en su pánico, bus-

caba en las mas pueriles esterioridades un refujio, una salvacion cualquiera.

En menos de ocho dias, la ciudad entera de Buenos Aires quedó pintada de colorado. Hombres, mujeres, niños, todo el mundo estaba con el pincel en la mano pintando las puertas, las ventanas, las rejas, los frisos _esteriores, de dia, y muchas veces, hasta en alta noche. Y mientras parte de una familia se ocupaba de aquello, la otra envolvía, ocultaba, borraba ó rompía cuanto en el interior de la casa tenia una lista azul ó verde. Era un trabajo del alma y del cuerpo, sostenido de sol á sol, y que no daba á nadie, sin embargo, la seguridad salvadora que buscaba.

La mayor parte de las casas habia quedado sin sirvientes.

La ciudad se habia convertido en una especie de cementerio de vivos. Y pcr encima de las azoteas, ó por salidas de carrera, los vecinos se comunicaban las noticias que sabian de la Mas-horca.

Este famoso club de asesinos corria las calles dia y noche, aterrando, asesinando y robando, á la vez que en Santos Lugares, en la cárcel y en

los cuarteles de Mariño y de Cuitiño, se le hacia coro con la agonía de las víctimas.

La entrada de la Mashorca á una casa representaba una combinacion infernal de ruido, de brutalidad, de crimen, que no tiene ejemplo en la historia de los mas bárbaros tiranos.

Entraba en partidas de ocho, diez, doce ó mas forajidos.

Unos empezaban á romper todos los vidrios, dando gritos.

Otros se ocupaban en tirar á los patios la loza y los cristales, dando gritos tambien.

Unos descerrajaban á golpes las cómodas y los estantes.

Otros corrian de cuarto en cuarto, de patio en patio á las indefensas mujeres, dándoles con sus grandes rebenques, postrándolas y cortándoles con sus cuchillos el cabello; mientras otros buscaban como perros furiosos, por bajo las camas y cuanto rincon habia, el hombre ó los hombres dueños de aquella casa, y si allí estaban, allí se les mataba, ó de allí eran arrastrados á ser asesinados en las calles; y todo esto en medio de un ruido y una grita infernal, confundida con el llanto de

los niños, los áyes de la mujer, y la agonía de la víctima.

En la vecindad el pánico cundia; y solo Dios sabe las oraciones que se elevaban hasta su trono por madres abrazadas de sus pequeños hijos, por vírjenes de rodillas pidiéndole amparo para su pudor, misericordia para sus padres, misericordia para las víctimas!

El terror ya no tenia límites. El espíritu estaba postrado, enfermo, muerto. La naturaleza se habia divorciado de la naturaleza. La humanidad, la sociedad, la familia, todo se habia desoldado y roto.

No habia asilo para nadie.

Las puertas se cerraban al prójimo, al pariente, al amigo. Y la víctima corria las calles; golpeaba las casas, los conventos, las legaciones extranjeras, y una mano convulsiva y pálida se le ponía en el pecho, y una voz trémula le decia:

—No, no, por Dios; vendrán aquí y moriremos todos. No. Atrás! atrás!—y el infeliz salia, corria, imploraba, y ni la tierra le abria sus entrañas para guardarlo.

Los mas leales y antiguos federales; ministros

unos, diputados otros, jenerales, majistrados, todos temblaban. Nadie sabia si las cabezas estaban botadas al azar, ó si era un martirolójio escrito, pasado á las manos de la Mashorca. El golpe no era súbito é instantáneo como las *vísperas* en Sicilia, como la San Bartolomé en Paris. No; duraba, se reproducia á sí mismo con una exuberancia de ferocidad espantosa, y el espíritu se aterraba y postrábase mas, pendiente la vida en el martillo de cada hora, en el sol de cada dia.

Pero el cuchillo no podia herir á toda la familia. La madre, el niño, la vírjen, no morian. Sentenares de hombres escapaban á la muerte, y todo esto dejaba incompleta la venganza de Rosas, y no podia ser así: Era necesario un golpe que diese sobre todas las vidas, sobre todos los destinos, y que hiriese el presente y el porvenir de todos.

Y en medio al llanto, al susto y á la muerte, á los reflejos del puñal de la Mashorca, leyó el pueblo de Buenos Aires el bárbaro decreto de 16 de Setiembre de 1840, que arrojaba á la miseria, al hambre, á cuantos eran, ó queria Rosas que fuesen unitarios.

De un momento á otro, millares de familias pa-

saron de la opulencia á la miseria, quedando, en todo el rigor de esta palabra, á mendigar un albergue, y un pedazo de pan, arrojadas de sus casas, y robadas hasta de sus muebles y los objetos mas necesarios á la vida. Pues todos “los bienes muebles é inmuebles, derechos y acciones de cualquiera clase, en la ciudad y campaña,” pertenecientes, no digamos á los unitarios, á los que no eran sostenedores ardientes del tirano, cayeron bajo el imperio de la confiscacion. (*)

(*) Hablando de esto mismo el Sr. D. Valentin Alsina, redactor del *Comercio del Plata*, en sus importantísimas efemérides, dice así :

“Qué otra cosa son esas confiscaciones que un verdadero *salteamiento*, con la diferencia de que Rosas ni soporta las fatigas que el salteador soporta, ni se espone á los peligros á que este se espone.

“La convencion nacional de Francia, amenazada por una coalicion de reyes, y despues de tentar inutilmente otros arbitrios para contener la emigracion, decretó la confiscacion; pero la decretó con mesura: reglamentó su disposicion y la ciñió á los emigrados, y especialmente á la nobleza, que corria á engrosar la amenazante reunion de Coblenta. Del mismo modo, cuando en un pais es ella aplicada, lo es á solo los culpables, lo es con arreglo á una ley precistente, por los tribunales, y prévia la mas amplia audiencia y el mas solemne juicio, en que esa culpabilidad es

Ese solo decreto estaba destinado á envolver mas desgracias y mas lágrimas, que toda la série de los delitos de Rosas.

En presencia de la muerte, la sociedad no pudo darse cuenta inmediatamente de toda la importancia de aquel estudiado acto de venganza.

Y mientras así temblaba y se sacudia convulsi-

declarada. Aun así, la confiscacion penal, en muy pocos países subsiste: mas la confiscacion política, la aplicada indistintamente á los miembros de un partido, por solo pertenecer á tal ó cual comunión política; en ninguno! Eso no es confiscacion: eso es latrocinio neto, salteamiento puro.

“En principios de Agosto de 1840, invadió el jeneral Lavalle la provincia de Buenos Aires; y en principios de Setiembre, ya emprendió su retirada, y entonces alegando esa invasion, dispuso Rosas, el dia 16, las confiscaciones; así como en Octubre siguiente” dispuso las inolvidables matanzas y degollaciones de aquel *mes de Rosas*.

“Todos “los bienes, muebles é inmuebles, derechos y acciones de cualquiera clase, en la ciudad y campaña, pertenecientes á unitarios, es decir, á sus enemigos, sea cual sea su color político, son destinados por su decreto para premiar á sus soldados y reembolsar al tesoro de los gastos hechos con motivo de la invasion: como si desde antes de esta, esos soldados no estuvieran en pié, y esos gastos no hubieran sido los mismos. Tambien son destinados con una desvergüenza que asombra á indemnizar á *los buenos federales* de los quebrantos ó perjuicios que supone haberles causado el

va entre el puñal, el hambre, la desesperacion y el terror, el Ejército Libertador, persiguiendo á Lopez se alejaba, y se alejaba para siempre; y el pueblo emigrado en la orilla oriental del Plata, se echaba en los brazos de una nueva esperanza, con la llegada á Montevideo del Vice-Almirante Mackau, el 25 de Setiembre, y que bien pronto debia disiparse.

jeneral Lavalle. ; Calumnia indigna ! Lavalle respetó completamente las personas y las propiedades; y aun la mayor parte de las caballadas de que dispuso y de los animales que alimentaron su ejército, le fueron llevados espontáneamente por la multitud de patriotas que en la campaña habia. Provocamos á los impostores rosistas á la justificacion de aquella imputacion ingrata. ¿Acaso Lavalle forzó á nadie á reunírsele ? ¿ Acaso se ensañó contra algun enemigo armado, y menos aun contra los desarmados ? ¿ Prendió, persiguió, ni fusiló á alguno ? ¿ Ejerció algun acto de ferocidad ó de crueldad ? ¿ Confiscó tampoeo la propiedad de nadie ? ¿ Incendió ó destruyó ? ¿ Hizo exacciones forzadas ó impuso contribuciones ? ¿ Cuales fueron pues, esos supuestos perjuicios ?

“Lo cierto és que todo eso no fué sino pretestos y palabreo del decreto, y que Rosas, sin dar tales premios á sus soldados, ni tales indemnizaciones á sus buenos federales, hizo entrar en sus arcas el producto de las confiscaciones, y le dió á su antojo el destino que mejor le plugo. Uno de ellos fué el pago á ciudadanos franceses de las indemnizaciones que la Francia le obligó á reconocer en el tratado de Mackau, de 29 de Octubre. Con el sudor de los enemigos de Rosas, vió la Francia indemnizados á aquellos

Al llegar el Señor Mackau á Montevideo, manifestó deseos de intruirse á fondo de la cuestion y de su estado; recibió prolijos informes, apoyados en documentos verídicos, del Señor Buchet Martigny; oyó los de multitud de personas particulares, que aparentaba escuchar con interés y atencion; recibió en un documento revestido de multi-

de sus nacionales que lo fueron por perjuicios resultivos de los excesos y locuras del mismo Rosas.

“Tanto menos puede justificarse el espoliatario decreto con la invasion de Lavalle, cuanto que él comprende y se aplicó á *todos* los enemigos de Rosas, y no meramente á los que la ejercieron, promovieron ó ayudaron, dentro ó fuera del pais, como en todo caso debió ser. El condenó á la indijencia á los unitarios en masa, por solo el hecho de serlo, aun que nada hubiesen intentado contra Rosas, ni en el pais ni fuera de él, es decir, el decreto se dirigia á penar una opinion. Asi es que él se aplicó, no solamente á los que invadieron ó unieron á los invasores, no solamente á los emigrados, sino tambien á innumerables individuos pacíficos, sumisos, inofensivos, que no se habian movido de sus casas, contra los cuales no se invocaba ningun hecho determinado, sino el jeneral—es unitario. El se aplicó á extranjeros que en nada se habian injerido. ; El se aplicó aun á Señoras !

“Por otra parte: no se salvaron ni se tuvieron en cuenta los derechos de acreedores, socios, ó de cualquier otro tercero. Fué una verdadera espoliacion general *de bienes* ejecutada del modo mas arbitrario y brutal. ¿Cual juez ó autoridad decidia quienes fue-

tud de firmas, la espresion de los deseos é ideas de la poblacion francesa de estos paises : pero con el pretesto de una prudente reserva, ecsijida por su posicion, jamás manifestó abiertamente la menor de sus ideas, ni al ministro de Estado del Gobierno Oriental.—Las palabras del Almirante se redujeron siempre á estas, ó parecidas: “mi posicion es

sen los enemigos de Rosas ó estuviesen incursos en el decreto? Rosas y solo Rosas. ¿Cuales dilijencias ó esclarecimientos precedian? Ningunos. ¿Qué se dejaba á los robados para sus necesarios alimentos? Absolutamente nada. Aun que los bienes perteneciesen á sus mujeres, hijos, etc., todo se les arrebatava: millares de seres inculpables é inocentes, se vieron de una hora á otra hundidos en una miseria horrible. ¿Y cuantos desórdenes, cuanta desmoralizacion de todo jénero no han nacido de aquí ! ; Cuantas violencias personales no se ejecutaron ! Señoras hubo á quienes, sin hipérbole ni ecsajeracion alguna, se las tomó, materialmente del brazo y se las arrojó á la calle sin mas auxilio que el vestido que las cubria. Y felices si ademas no eran golpeadas ni azotadas !

“Así han acatado el derecho de propiedad esos saltadores que, no obstante, tienen la audacia de apellidarse á sí mismos restauradores y defensores de las leyes. Montesquieu, Daunou, Constant, Rossi, Thiers, Guizot y tantos otros publicistas venerados, bien pudieron escusar sus inmortales lecciones. Los restauradores del Plata, son los destinados para iluminar al mundo sobre la verdadera doctrina social.”

muy delicada : mis simpatias por la causa oriental y arjentina son muy vivas : seria preciso no tener corazon para no sentir las : haré por esa causa cuanto sea compatible con mis deberes." A estas frases solia con frecuencia, agregarse un medio no comun en la diplomacia,—la emocion y las lágrimas del Almirante. (*)

Sin embargo de esta sensibilidad, el plenipotenciario frances, dejaba entrever que, segun sus instrucciones, ni á la República Oriental, ni á las tropas que estaban á las órdenes del jeneral Lavalle, habia reconocido la Francia por aliados, sino como auxiliares que la casualidad le habia proporcionado.

Pero la emigracion decia bien alto, que los orientales y arjentinos tenian derecho á ser ayudados por la Francia hasta terminar su cuestion con Rosas, invocando la justicia, el honor y la conveniencia.

(*) Muchos ejemplos hubo de esto : lágrimas y emocion, al recibir la visita del jóven hijo del jeneral Lavalle, á nombre de su madre ; emocion muy notable al oír á uno de los Señores encargados de presentarle la peticion de los franceses ; emocion tambien, en una conferencia con el coronel arjentino D. F. Velazco (Documentos de la época.)

Antes de adoptar la Francia—decían — el medio de las alianzas locales contra Rosas, antes que su gobierno y sus cámaras aprobasen, tan solemnemente como lo han hecho, el sistema adoptado por sus agentes, debió ella misma preveer las consecuencias del compromiso en que entraba. Pero, despues de formadas las alianzas, despues de comprometidos los pueblos del Plata, sobre la fé de la Francia, el tiempo de retroceder habia pasado irrevocablemente; alta barrera de bronce quedaba levantada entre la Francia y Rosas.

En esta alianza, como en muchas otras, los poderes que la contrajeron iban á un fin comun, aunque por diversos motivos é intereses. Buscaba la Francia un tratamiento justo para sus nacionales, é indemnizaciones por daños á ellos causados: querian los orientales la destruccion de un poder, que habia atacado sus libertades y derechos, que los amenaza constantemente, y que, desde muy atrás, hizo causa comun con los enemigos de su tranquilidad interna: los argentinos por último, buscaban el aniquilamiento, en su patria, de un sistema de espoliacion y de sangre; la destruccion perdurable del sistema dictatorial, ó *de facultades*

extraordinarias; reaccion vergonzosa y mortal contra la revolucion americana; querian, por fin, asentar el imperio de la civilizacion y de las leyes sobre el sitio que manchan hoy la barbarie y la voluntad sangrienta de un solo hombre. En esto último tenian tambien interés, aunque indirecto, la Francia y el Estado Oriental; porque le tienen la humanidad y la razon.

Pero el tiempo de las apreciaciones históricas que debieran medir los procedimientos de la Francia, en su política con estas rejiones del Nuevo Mundo, no era aquel, por cierto. Y si las instrucciones del gabinete frances venian calcadas sobre aquello que entendia por su conveniencia en el Plata, todas las demostraciones y los llamamientos al honor y al deber, eran fuerzas impotentes para estorbarlo. Aquel tiempo era de hechos únicamente; y los hechos empezaban á encaminarse favorablemente á Rosas de parte de la Francia.

El Almirante debia partir para Buenos Aires en los primeros dias de Octubre. Y allí, se iba á jugar la última esperanza de la época, contra un nuevo triunfo para Rosas.

Pero aun cuando la última espresion de esa negociacion fuese desfavorable al tirano, ella era impotente á su vez para estancar la sangre en las venas abiertas de ese pueblo infeliz.

Los negocios franceses ya eran solo esperanzas de los emigrados. Para el pueblo de Buenos Aires no habia esperanza, sino en Dios.

Las cárceles se llenaban de ciudadanos.

Las calles se teñian de sangre.

El hogar doméstico era invadido.

Las madres querian volver á sus entrañas á sus hijos.

Cada mirada del padre sobre ellos, era un adios del alma, era una bendicion que les echaba, esperando á cada instante el ser asesinado en medio á ellos.

Y el aire y la luz llevaban hasta Dios la oracion íntima de todo un pueblo, que no tenia, sino la muerte sobre su cabeza.





CAPITULO XIII.

El traje de boda.



RA el 5 de Octubre.

La ciudad, pintada toda de colorado, estaba vestida de banderas: invencion del dictador para cada festejo federal. Ese dia era el aniversario de un dolor de muelas que le privó el año de 1820, entrar á la plaza con el cuerpo de

milicia que mandaba en el ejército del jeneral Rodriguez; y que Rosas festejaba, sin embargo, como un gran hecho militar, el que su cuerpo se hubiese batido sin él.

Pero dejemos la ciudad un momento; y desde la barranca de Balcarce, antes de descender, contemplemos la naturaleza un momento tambien.

La luz es un oceano de oro en el espacio.

El firmamento está trasparente como la inocencia.

El aire es suave y acariciador como el aliento de una madre.

Los prados están risueños y matizados con todos los colores, bajo la luz clarísima que los baña: es el manto de la esperanza estendido sobre la tierra, con toda su riqueza, con todos sus caprichos, como el cendal de las ilusiones, sobre el alma enamorada de la mujer en su primera vida.

Todo allí es bello, suave y amoroso; es el contraste vivo de la naturaleza moral de la ciudad vecina.

Pero bajemos.

Hay una cosa mas bella y amorosa todavia. Hay un contraste mas vivo y mas latente; una

mistificación de la fortuna ó de la desgracia; ó mas bien, una bellísima ironía de cuanto está sucediendo en esos momentos: Amalia.

Amalia mintiendo felicidad, sin creerla ella misma.

Amalia bella como nunca. Apasionada como el alma del poeta. Tierna como la tórtola en su nido. Derramando una lágrima del corazón sobre su propia felicidad, y feliz con su llanto. Misterio de Dios y del destino. Presa disputada por la desgracia y por la dicha, por la vida y la muerte.

Entremos :

El salón de la encantada Quinta ha recobrado su elegancia y su brillo. La luz del sol, bañando, amortiguada por las celosías y cortinas, el lujo de los tapices y los muebles; las nubes de ambar que exhalaban las rosas y violetas entre canastas de filigrana, jacintos y alelíes entre pequeñas copas de porcelana dorada, y el silencio interrumpido apenas por el murmullo cercano del viento entre los árboles, todo hacia el salón de Amalia una mansion, al parecer destinada á las citas del amor, de la poesía y la elegancia.

Allí no estaba la diosa de aquella gruta. Con

su cabello destrenzado pero rodeando en desórden su espléndida cabeza; vestida con un baton de merino azul oscuro con guarniciones de terciopelo negro, sujeto á su cintura por un cordon de seda, que hacia traicion al seno de alabastro, y al pequeño pié, oculto entre unas chinelas colchadas de raso negro, la jóven estaba en su tocador, con su pequeña Luisa. Y estaba allí entre un mundo de encajes, de riquísimas telas y de trajes estendidos, unos sobre los sofaes, otros sobre las sillas, y otros colgados en los espejos de los roperos.

Bella siempre, bella de todos modos, su fisonomía estaba mas animada que de costumbre. El cabello de sus sienas levantado, la naturaleza parecia hacer alarde de las perfecciones de aquella cabeza, de quien la imaginacion no halla modelo sino en las imágenes bíblicas. Sus ojos, que parecian siempre alumbrados por una luz celestial, que se escurria por la sombra aterciopelada de sus pestañas, como el primer rayo del alba por las sombras que aun bordan el Oriente, participaban tambien de la animacion de su rostro.

Todo era estraño en ella.

En el momento en que nos acercamos estaba

parada delante á uno de sus guarda ropas, en cuya puerta de espejo habia colgado un magnífico vestido de blondas, con lazos de ancha cinta, blanca tambien, á la cintura y á las mangas.

Lo miraba. Tomaba la halda con sus dedos de rosa, y la alzaba un poco, como ecsaminando mejor aquella nube, aquel vapor de un precio y de un gusto inestimables; mientras que la niña seguia todos sus movimientos tocando y examinando tambien, cuanto miraba y tocaba su Señora.

—Este, Luisa. Este es el mas elegante,—dijo al fin Amalia mirando por todos lados el precioso vestido.

—Sí, yo creo que sí, Señora. ¿Quiere usted probárselo?

—Sí, pues. Dame un viso,—y al pedir esto, desató el cordon de seda de su cintura y se quitó el baton, descubriendo sus hombros y sus brazos, como tentaciones del amor, como prodijios de un artífice que debió enamorarse de su propia obra.

En dos minutos un crujiente viso de raso blanco cubria aquellas formas encantadoras, y era prendido sin dificultad á su leve cintura por las manos de la graciosa Luisa.

—El vestido ahora,—dijo Amalia pasando ligera como una fantasía á pararse enfrente de un espejo de siete pies de altura, colocado en el suelo; y el vestido pasó luego por su cabeza como una blanca nube abriantada por el sol. Y era una verdadera diosa entre una nube, cuando los encajes cayeron sobre sus brazos y su seno, y el transparente traje se dilató sobre el viso de joyante seda.

Una vez prendido á su cintura, Amalia, ya no era Amalia; era una jóven enamorada de las puerilidades del lujo y del buen gusto. Se miraba, se oprimia la cintura con sus manos, daba vuelta su preciosa cabeza para mirar su espalda en el grande espejo, ó se colocaba entre los dos de sus roperos.

Luisa, entretanto, tocaba el vestido, lo englobaba, y sus ojos estaban en un movimiento continuo, de la cintura al pié de su Señora, de la cintura á los hombros, de los hombros al rostro.

—Magnífico, Señora, magnífico!—esclamó al fin la niña, separándose algunos pasos como para verla de mas lejos.

Pero, de repente, Amalia meneó su cabeza, hizo un jestito con sus labios, y dijo:

—No ; no me gusta.

—Pero, Señora

—No ; no me gusta, Luisa. Este es mas bien un vestido de baile. Además, está corto de talle.

—No, Señora, al contrario, está largo.

—Y grande de cintura.

—Le mudaré los broches en un momento.

—No ; no me gusta. Despréndelo.

—Pues, Señora, no hay otro mas lindo,—dijo Luisa desprendiendo el vestido.

—No importa, pero habrá otro mas á mi gusto.

—Va usted á elejir el peor.

—No importa ; déjame. Esto es un delirio como otro cualquiera, y hoy quiero tenerlo por la primera vez de mi vida, y sin duda, por la última.

—Válgame Dios, Señora, siempre pensando cosas tristes ! Verá usted como en Montevideo vá á todos los bailes, al teatro, á todas partes, y hemos de tener todos los dias que hacer lo mismo que hoy,—repuso Luisa, colocando el vestido sobre una silla.

—No, Luisa, me basta con hoy. Hoy por todos los dias de mi vida. Dame aquel otro vestido.

Y Luisa tomó de sobre un sofá un traje de moaré blanco, con tres guarniciones de fleco, formado del mismo jénero, con anchos encajes de Inglaterra en el pecho y las mangas; tela de los mas ricos tejidos de Francia, y de un valor mayor aun que el vestido de blondas.

Este traje, mas réjio, y mas ajustado al seno y á los hombros, dibujaba con mas coqueteria, las formas encantadoras de Amalia, y mereció los honores de la contemplacion por mas largo rato que el primero.

Pero despues, el mismo movimiento de cabeza y el mismo jestito le dieron su pase, con satisfaccion de Luisa, que no pudo menos de decir:

—Vé usted, Señora; si no hay otro como el de encajes.

—No, Luisa; ninguno de los dos.

—Mire usted, Señora, yo estoy segura que él querria ver á usted con el primero.

—Me verá alguna vez, pero no hoy.

—Hoy, hoy.

—Y por qué?

—Porque es el mas rico.

—Bah!

—Y porque es el que mejor le sienta.

—Eso es lo que no creo; y si lo creyese....

—Qué, Señora?

—Me lo pondria.

—Pues ese es.

—Me lo pondria, porque hoy es la primera vez de mi vida que tengo la vanidad de querer estar bien, muy bien, Luisa.

—Nada mas que muy bien?

—Y....

—Y?

—Y muy linda,—dijo Amalia poniendo sus manos sobre la cabeza de Luisa, cubriéndose de carmin sus mejillas, pasando relámpagos de sonrisa por sus lábios, radiante de felicidad, y abochornada de su confesion.

—Y cuándo no lo está usted, Señora?—dijo la niña tomándola las manos.

—Nunca.

—Siempre.

—Pero hoy quiero estarlo, Luisa, para él, para él solo. Es el dia de su destino y del mio. El dia de nuestra felicidad y de nuestra separacion!—

¡ De nuestra separacion, Dios mio !—esclamó Amalia, cubriéndose los ojos con sus manos.

—Pero separacion de ocho ó quince dias, Señora. Vamos, si usted va á llorar como esta mañana cuando se despertó, va usted á estar muy mal para la noche.

—No, no, Luisa, no es nada,—esclamó Amalia abriendo sus magníficos ojos y sacudiendo su cabeza, como para despejarla de las ideas que acababan de cruzar por ella,—no es nada ; dame otro vestido.

—Cual ?

—Aquel.

—El del sofá ?

—Sí.

—Ah ! tambien es muy lindo ; pero como el de encajes, nó.

—Volvemos ?

—Hasta la noche le he de estar á usted diciendo que es el mejor.

—Eres porfiada, Luisa.

—Ya se vé que lo soy, pero es cuando yo sé que hago bien. Y verá usted ; yo se lo he de contar mañana al Señor Don Eduardo ; y

—Mañana ?

—Ah, sí, es verdad!

—Mañana cuando salga el sol ya estaremos separados.

—Pero, Señora, ¿y no sería mejor que esperase unos días á ver si esto pasa?

—No, Luisa, ni un minuto mas. Por su viaje he anticipado todo, he preparado todo en mi alma, en mis aprensiones, y afronto hasta la profanacion que se hace hablando de felicidad, en estos momentos de duelo y sangre para tantos. Que parta hoy mismo. Es á esa condicion que me caso. Yo iré despues, cuando sea posible salir de este sepulcro de vivos.

—Ah, qué dia, aquel que estemos todos juntos en Montevideo!

—Sí, en Montevideo,—dijo Amalia doblandô su cintura para que Luisa le prendiese el nuevo traje.

—Vea usted,—prosiguió Luisa,—como se ha puesto buena la madre de Doña Florencia, en tan pocos dias.

—Oh, cuan contentas estarán pasado mañana!

—Pero aquí. . . .vea usted, Señora, ni los pajaritos cantan,—y Luisa señalaba con su manecita las jaulas doradas de los jilgueros de Amalia que

habian vuelto á su primera colocacion despues que se dejó la *Casa Sola* y se volvió á Barracas.

—Sí! ¿has notado Luisa? los pájaros no han cantado hoy!—esclamó Amalia volviendo súbitamente sus ojos á las jaulas, y como fijándose en una circunstancia que no habia recordado.

—Válgame Dios! ¡para qué le diria á usted tal cosa!

—Sí, bien.... hablemos del traje.... hoy no quiero creer otra cosa, sino que soy feliz.... ¿te parece bien, Luisa?

—Espléndido, Señora; pero no como el de encajes.

—Ves? Este, este es el que elijo.

—Y tiene usted razon. Despues del de encajes no hay otro como este,—y Luisa se iba hasta el fin del tocador para ver de lejos á Amalia que se miraba, ora en el grande espejo, ora entre los dos de sus roperos, no mintiendo en su rostro la satisfaccion que sentia al haber hallado el traje que buscaba, y con el cual se presentará al lector algunas horas mas tarde.

—Este, sin duda. Despréndelo Luisa, pero con cuidado.

—Está ya, Señora.

—Ahora otra cosa, Luisa,—prosiguió Amalia volviendo á ponerse su baton de merino.

—Ahora veremos las alhajas, no Señora?

—No, Luisa, alhajas, nó.

—Pero un collar, siquiera?

—No, en este acto no se ponen alhajas, Luisa.

—Pues, Señora; yo si me caso alguna vez, y tengo tan lindas cosas como usted. . . .

—No te las pondrás. Anda á la sala y traeme todas las rosas.

Un minuto despues volvia Luisa con la canasta de rosas que vimos al entrar á la sala.

Las flores eran el encanto, el tesoro de Amalia. Y cuando tomó en sus manos la canasta y aspiró una rosa que recién se abria, sus ojos se entrecerraron, empalideció su semblante, y palpitó su seno: era que el aroma de la flor estimulaba al aroma poético de su alma, y aquella organizacion sensible y armoniosa, languidecia de placer y de amor al aspirar la fresca y purísima esencia de la rosa.

Puso luego el canastillo de filigrana sobre sus faldas y á medida que tomaba y aspiraba y echa-

minaba las rosas, una mezcla de porvenir y de pasado, de felicidad y de melancolía, conmovia su corazon, sin duda, pues que su rostro, antes radiante, habia vuelto súbitamente á su habitual expresion de dulcísima tristeza.

Las flores, el campo, el mar, y la luz en las horas crepusculares, ejercen sobre las almas poéticas y sensibles una influencia que se escapa al mecanismo de los sentidos, que el alma misma no se la puede definir, pero que la siente y se avasalla ante ella. Es la relijion verdadera de Dios, ejercida en el templo de la naturaleza, por el sacerdocio del corazon humano.

Al fin Amalia pareció contenta de una de las rosas en que escojia, y la colocó en una copa de cristal dorado, sobre el mármol de su elegante tocador.

—Ahí están mis diamantes, Luisa,—dijo al colocar la rosa.

Pero en ese instante, fuese por el demasiado diámetro del vaso, ó por la demasiada inclinacion de la fior, esta cayó sobre el mármol, y del mármol rodó al suelo.

Amalia se inclinó con rapidez para alzarla;

pero mas rápida todavia cruzó una sombra por su imaginacion.

—Es singular!—dijo volviendo á colocar la rosa,—dos veces me ha sucedido esto, y las dos con una rosa blanca: el dia en que le dí mi corazon, y el dia en que voy á darle mi mano....pero.... veamos otra cosa, Luisa,—dijo aquella mujer que sostenia visiblemente una lucha tenaz en ese dia, con sus preocupaciones y su espíritu; y ella misma tomó un carton de sus roperos, se acercó á un sofá, y vació sobre él varios juegos de botines y zapatos que hacia traer espresamente de Paris, todos de una delicadeza dignos de la preciosa obra de la naturaleza á que estaban destinados. Escogió unos botines delicadísimos que parecian cortados para una niña de doce años; y luego de separar algunos otros objetos destinados á su traje de boda, se acercó á sus pájaros, como arrepentida de haber estado tanto tiempo cerca de ellos sin tributarles una caricia.

Al acercarse y mover sus dedos entre los alambres dorados, uno de los jilgueros hizo vibrar una nota en su poderosa garganta, con un acento extraño, parecido mas bien á un jemido que á las

modulaciones naturales de esos coristas de la naturaleza.

Amalia se impresionó visiblemente, y en vano agitaba sus manos y movía las jaulas, acción á que sus pájaros correspondían siempre con su canto; en vano. Los jilgueros saltaban por todos los círculos de alambre pero sin cantar, y perezosos.

—Qué tienen los pajaritos, Señora?—preguntó Luisa sorprendida de lo que veía por primera vez.

—Están tristes!—contestó Amalia dando vuelta su cabeza hácia Luisa y empañado el cristal purísimo de sus ojos, con una lágrima levantada por la imaginación, de la fuente misteriosa de la sensibilidad de aquella alma, tan tierna y combatida por la suerte, y por ella misma;—están tristes!—prosiguió, y repentinamente mas triste que el acento con que acababa de pronunciar sus últimas palabras, se acercó á la ventana que daba al patio, descorrió las cortinas y alzó sus ojos al firmamento azul, siguiendo por largo rato una nube blancuecina que, como una pluma de las alas del céfiro, se deslizaba graciosa entre la luz del espacio:

—No puede darse un día mas bello!—esclamó

Amalia—todo está tranquilo, menos mi alma ¿qué horas son ?

—Las tres de la tarde acaban de dar, Señora.

—Faltan cinco horas todavía!.....Arregla todo esto, Luisa.

Y al pronunciar esas palabras, Amalia dejó caer las cortinas, sacudió su cabeza, como era su costumbre cuando queria desechar ciertas ideas, y posó de su tocador á su aposento, cerrando la puerta en pos de sí.

Con el movimiento de su cabeza, su cabello destrenzado y apenas sujeto por una pequeña peineta, resbaló, y sus hebras se estendieron como un espléndido manto sobre su espalda. La alcoba estaba apenas alumbrada por la escasa luz que venia de la antesala, pues las ventanas al patio estaban cerradas. Y así, bajo esa débil claridad, y entre el ambiente perfumado que se respiraba en aquellas solitarias habitaciones, Amalia se acercó á la pequeña mesa colocada junto á su lecho, y se arrodilló delante del crucifijo de oro incrustado en ébano, que otra vez hemos visto en ese mismo lugar.

De rodillas, suelto el cabello, descansando sus

brazos sobre el borde de la mesa, y sus manos oprimiendo la cruz, bella como una Magdalena, solo el hijo de Dios que la escuchaba, solo la mirada de Dios derramada en el aire y la luz del Universo, pudieron oír las palabras sentidas de aquella alma, y léer la verdad del sentimiento, de la fé y la esperanza en aquella purísima conciencia.





CAPITULO XIV.

Asilo ingles.



ENEMOS que retroceder con el lector para recoger ciertos personajes de esta historia, pocos dias despues de aquella noche de esperanzas y desengaños para los diez jóvenes reunidos en el almacén de la calle de la Universidad.

En efecto; pocos dias despues de aquella noche, un coche tirado por dos briosos caballos enfilaba la calle de la Reconquista, con direccion á Barracas, y á poco rato paraba en la Quinta del Señor ministro de S. M. B., Caballero Mandeville.

El carruaje no habia dejado de llamar en su tránsito la atencion de los que lo veían ó sentian; porque, en esos dias de republicanismo federal, los coches se habian guardado, y la mayor parte de los caballos, ofrecida al Restaurador, ó arriada federalmente. Y al parar el carruaje en la casa del ministro ingles, no faltaron curiosos y curiosas que abrieran los ojos para ver aquella novedad.

El cochero abrió la portezuela, y dos hombres bajaron.

Uno de ellos, sin embargo, quedó parado en el estribo, vuelto el cuerpo hácia adentro, y empezó á cambiarse este ligero diálogo con otro individuo que no habia movídose del asiento delantero en que venia.

—Recuerda usted bien todo, mi querido maestro?—preguntó el que se habia quedado medio afuera y medio adentro.

—Sí, Daniel, pero

—Pero qué ?

—Y no sería mejor saber si está el Señor ministro, antes de que partiera aislado y solo por estas lúgubres calles, á estas horas, y encerrado en este vehículo ?

—Nada importa eso, si no está, lo esperaremos ; y cuando usted vuelva, aquí nos hallará.

—Y si el Padre Guardian me preguntase ?

—Ya se lo he dicho á usted cien veces. No debe usted contestar directamente á ninguna pregunta. Si quieren, ó no, prestarse á lo que se le pide, cueste el dinero que cueste : eso es todo.

—Y por fuerza ha de ser sobrino mio ?

—O hijo.

—Hijos yo, Daniel !

—O primo.

—Vaya !

—O ahijado, ó lo que usted quiera.

—Dios ponga tiento en mis manos !

—Y en su boca, mi querido maestro. Antes de una hora tiene usted tiempo de volver.

—Adios, Daniel, adios !

—Hasta de aquí un momento, mi querido ami-

go—y el jóven cerró la portezuela, é hizo una seña al cochero, que no era otro que Fermin, y que partió al momento.

El Señor Mandeville estaba en su casa, y Daniel y su compañero, en quien ya el lector habrá creído reconocer á Eduardo, fueron introducidos al salon, donde encendian luces en ese momento.

El Señor Mandeville no se hizo esperar mucho rato, porque nunca Buenos Aires hospedó un ministro europeo mas afable y democrático que aquel, con cuantos se acercaban á su casa con las insignias de la época.

El ministro llegó con su cara distinguida y fresca, á pesar de los años, su levita abotonado, sus puños de batista cayendo sobre sus blancas y bien cuidadas manos, y con esa difícil facilidad de maneras que solo se adquiere en el roce continuo de la alta sociedad, dió la mano á Daniel, y exclamó:

—Oh, qué felicidad! Nunca podrá usted imaginarse, Señor Bello, cuanto es para mí un honor y un placer el verlo á usted en mi casa.

—Señor Mandeville,—contestó el jóven apretando la mano que le estendia el diplomático,—yo nunca doy honor ni placer, sino á cambio de una

gran ganancia en las mismas especies. Tengo la satisfaccion de presentar á usted á mi íntimo amigo el Señor Belgrano.

—Ah! el Señor Belgrano. Cuantos deseos tenia hace tiempo de conocer á este caballero. Es una noche completa la que usted me dá, Señor Bello.

—Es una dicha para mí,—repuso Eduardo— que mi nombre fuese conocido del Señor Mandeville.

—Qué quiere usted, mi jóven amigo! ya yo soy viejo, y como me gusta tanto la sociedad de las bellas damas de Buenos Aires, allí aprendo de memoria todos los nombres distinguidos de la juventud.

—Cada palabra de usted es una amabilidad, Señor Mandeville,—contestó Eduardo, que buscaba inutilmente como entrar á ese juego esquisito de palabras galantes, que forman uno de los atributos especiales de la sociedad culta y de la diplomacia europea, y que no entraba en el carácter ni en los hábitos del jóven.

—No, no, justicia nada mas, Señor Belgrano. Los viejos estamos siempre prócsimos á dar cuenta

á Dios de nuestras acciones, y debemos esmerarnos en ser siempre justos y verídicos. Y, vamos á ver ¿ha visto usted á Manuelita, Señor Bello?

—Hoy no, Señor Mandeville.

—Ah, que criatura tan encantadora! Yo no me canso de hablar con ella y admirarla. Muchos creerán que mis visitas llevan un fin político cerca de su Excelencia; y nada menos que eso; yo voy á buscar cerca de esa espirituosa criatura, algo que alegre á mi espíritu tan aburrido de los negocios. En Lóndres, Misia Manuelita haria furor.

—Y su padre?—preguntó Eduardo, sobre quien cayó como un palmetazo una mirada de Daniel.

—Su padre....el Señor jeneral Rosas....vea usted, en Lóndres....

—En Lóndres no gozaria de salud el Señor gobernador,—dijo Daniel para salvar al ministro del aprieto en que lo acababa de poner su amigo.

—Oh, el clima de Lóndres es detestable ¿ha estado usted en Europa, Señor Belgrano?

—No, Señor, pero pienso viagar algunos años por ella.

—Y pronto?

—No tan pronto como se nos ha venido el

Señor de Mackau,—repuso Daniel queriendo darle ya otro jiro á aquella insustancial conversacion.

—Cómo! ¿ha llegado ya el Vice-Almirante Mackau.

—No lo sabia usted, Señor Mandeville?

—A fé mia.

—Pues ha llegado.

—Aquí?

—No; á Montevideo, antiyer á la una.

—Y lo sabe ya su Excelencia?

—Y como cree usted que sabiéndolo yo no lo sepa el Señor gobernador.

—Ah, cierto, cierto. Pero es estraño que el comodoro no me haya comunicado nada.

—A la oracion quedaba á la vista un bergantin ingles.

—Ah!

—El viento ha sido malo, Señor Mandeville,—observó Eduardo,—y recien á las cinco de la tarde se ha recibido la noticia por una ballenera.

—De suerte que estamos en la crisis?—dijo Mandeville jugando con sus uñas, como era su costumbre cuando se preocupaba de algo.

—Y no es eso lo mejor.

—Hay mas ?

—Friolera, Señor Mendeville! sabe usted que hasta ahora todos esperábamos ver llegar en actitud hostil al enviado frances ¿no es así?

—Sí, sí, y bien?

—Pues nada menos que llega con las mas sanas y pacíficas intenciones.

—Ah, qué felicidad!

—Para nosotros.

--Para todos, Señor Bello.

—Menos para la cuestion de Oriente.

--Sí, algo puede haber de eso.

—Un embarazo menos para la Francia, es un embarazo mas para la paz europea en estos momentos. Felizmente las relaciones hoy ecsistentes entre la Inglaterra y la Francia, nos garanten, hasta cierto punto, del resultado de la mision Mackau.

—El gobierno Británico no trepidaria,—observó Mandeville,—en ofrecer todos sus buenos oficios en esta cuestion.

—No quise decir eso,—replicó Bello.—Quise decir, que si la Inglaterra tuviese interes en distraer algo la atencion de la Francia con su cuestion del Plata, hoy se le ofreceria una brillante

oportunidad. Precisamente veníamos hablando de eso con el Señor Belgrano.

—Sin embargo.... si las instrucciones del Baron de Mackau son de arreglar á todo trance este negocio, confieso á usted que no veo como la Inglaterra podria estorbar el arreglo, en la hipótesis, puramente caprichosa, de que tuviere interes en ello.

—Aquí, no, pero en Francia podia estorbar la ratificacion del tratado, desde que llevará un vicio de nulidad que felizmente no lo echarán de ver en Francia, y que echaria á perder todo si el gabinete ingles lo hiciese conocer á la oposicion francesa, y la trabajase en ese sentido. De ese temor precisamente veníamos hablando con Bello,—dijo Eduardo, mientras que el Señor Mandeville volvia sus intelijentes ojos de uno á otro de aquéllos jóvenes, cuyo pensamiento verdadero queria agarrar, y se le escapaba á cada momento.

—Y en qué estaria ese vicio?—preguntó Mandeville con injenuidad.

—Nada menos que en la firma del Señor gobernador,—contestó Daniel.

—Como?

—Que los unitarios que están en Montevideo

han preparado una demostracion al Señor Mackau, que hasta cierto punto no deja de ser un fuerte argumento.

—Y és? Señor Bello.

—Que la firma del Señor gobernador es falsa, mi querido Señor Mandeville. Figúrese usted que ellos racionan de este modo: que aun cuando el Señor Mackau traiga instrucciones para tratar á todo trance, no hay autoridad con quien tratar en la República Arjentina; porque el jeneral Rosas, no tiene poder, ni representacion alguna, para ajustar tratados, á nombre de la Nacion Arjentina.

—Pero, es un poder de hecho,—replicó el Señor Mandeville,—y el Plenipotenciario no tiene que investigar su legalidad, sino reconocerle y tratar con él.

—Pero á ese argumento contestan los unitarios,—prosiguió Bello—que si el Almirante viniese á tratar con el Señor jeneral Rosas, como simple gobernador de Buenos Aires, y con relacion á esta sola provincia, entonces podia tratar con él, como el Almirante Le-Blanc y el Señor Martigny se habian entendido con el gobierno de Corrientes.

Pero que viniendo á tratar con un gobierno que represente en el exterior la soberania Nacional, se encontraba con que este gobierno no ecsistia.

—Algo hay de eso, en efecto—contestó Mandeville, con aire distraido.

—Los unitarios sostienen—prosiguió Daniel—que las Provincias Argentinas nunca han delegado la facultad de entender en las Relaciones Exteriores, celebrar tratados, &c., en el Gobierno de Buenos Aires, una vez para siempre, sino especialmente en el gobernador, cada vez que se elije uno en los periodos legales. Que el jeneral Rosas, nombrado gobernador por cinco años, el 7 de Marzo de 1835, se recibió del mando el 13 de Abril, y su término espiró en igual dia de 1840; y que con él espiró tambien la delegacion que tenia de las Provincias; que reelecto por igual periodo, solo aceptó por seis meses; pero su reeleccion no producía *ipso juri* la continuacion de aquel especial mandato; y que era indispensable que le fuese renovado. Pero que lejos de serlo, le fué retirado explícitamente por los que se le habian conferido.

—He leído algo de eso en los periódicos de Mon-

tevideo—replicó Mandeville, cada vez mas pensativo.

—Es decir; habrá leído usted en los periódicos los documentos oficiales.

—No precisamente los documentos; á lo menos, no lo recuerdo bien.

—Yo tampoco; pero creo que la Sala de Representantes de la provincia de Tucuman, sancionó, el 7 de Abril, una ley por la que retiraba la autorizacion que por parte de aquella provincia se habia dado al jeneral Rosas, para mantener y conservar las relaciones con las Potencias extranjeras. La Legislatura de Salta, sancionó una ley igual en 13 de Abril. El 5 de Mayo, la provincia de la Rioja declaró por ley, que ella reasumia las facultades que tenia conferidas al jeneral Rosas, para intervenir en las relaciones con las Potencias extranjeras. Igual ley dictó la provincia de Catamarca, el 7 de Mayo. En términos igualmente positivos se pronunció la provincia de Jujuí, el 18 de Abril. Y por lo que hace á la provincia de Corrientes, no se necesita otro documento que la misma posicion que ha asumido. Así, pues, los unitarios demuestran, que de las catorce provincias que forman la

República, siete han retirado al jeneral Rosas la facultad de tratar en su nombre.

—Y el Almirante Mackau estará en posesion de esos hechos?

—Y como dudarlo? Y si sus instrucciones lo conducen al extremo de tratar con el Señor jeneral Rosas, apesar de su incapacidad legal, fácil es preveer que en manos de la oposicion francesa, ese vicio radical en la negociacion, ó el tratado recibiria una repulsa, ó el ministerio se hallaria en una posicion muy embarazosa. Y yo estoy cierto que si en la política franca del Gobierno Británico, pudiese caber el sacrificio de un amigo leal como la República Arjentina, por el interés de embarazar la marcha del gobierno frances, poco adelantariamos, Señor Mandeville, con el tratado á que probablemente arribará el Baron de Mackau. Pero yo estoy seguro que el gobierno Británico no sacrificará las simpatias arjentinas, ni por hostilizar al gobierno frances, ni por corresponder á la reaccion que en el Estado Oriental, va á operarse en favor de la Inglaterra.

—Como, como, Señor Bello?

—Quiero decir, que abandonada por la Francia

la República Oriental, y la numerosa emigracion argentina que hay allí, despues de los compromisos anteriores, tan solemnes, es muy probable que, obrándose en el espíritu público una reaccion muy desventajosa para la influencia francesa en estos paises, por un movimiento consiguiente y lójico, las simpatías públicas se vuelvan hácia la Inglaterra, que fué tan leal en otra época, en sus trabajos por la independencia Oriental.

—Ah, sí, cierto. La independencia Oriental es debida, hasta cierto punto, á los buenos oficios de la Inglaterra.

—Así es que,—continuó Daniel,—perdida la influencia francesa en estos paises, y llegado el caso en que peligrase la independencia oriental, la accion de la Inglaterra, no solo seria eficaz, sino tambien un golpe habilísimo para conquistar á favor suyo todo el terreno perdido por la Francia, en paises tan llenos de porvenir como los del Plata.

—Señor Bello, usted seria un embajador peligroso para el jeneral Rosas,—dijo Mandeville que no habia perdido una sola palabra de cuantas pronunciára su interlocutor.

—Creo que mi amigo no ha emitido ideas suyas,

ni tenido tal intencion,—observó Eduardo mirando al Señor Mandeville, sonriendo y mostrando sus blanquísimos dientes.

—Y tan no he hablado á mi nombre, que estoy por creer que habré dicho una porcion de desatinos, al referir de memoria lo que dicen en Montevideo, y que suelo leer en los periódicos.

—Señor Bello,—dijo el astuto inglés,—ya no agradezco á usted tanto su visita, porque esta noche me quitará usted un par de horas de sueño, haciendo algunos apuntes para mí solo. Y para ir desterrando el sueño tomaremos un poco de vino,—y él mismo sirvió de unas botellas colocadas en una mesa, y los tres, despues de tomar un poco de jerez, se pusieron á pasear de uno á otro estremo de la sala, con esa respetuosa familiaridad de los hombres de buen tono, que ni se queda atras, ni vá mas adelante de lo que es debido.

—Yo acepto el vino, pero no los apuntes,—le habia contestado Daniel.

—Me esplica usted eso, mi querido Señor Bello ?

--Nada mas fácil, Señor Mandeville: en esta época no pueden hacer apuntes, sino los ministros estranjeros. Nadie está libre de un enemigo, de

una calumnia, qué sé yó. ¡Qué feliz es usted, Señor Mandeville! Vivir en esta casa es como estar en Inglaterra.

—Son inmunidades recíprocas. La legacion argentina, es la República Argentina, en Londres.

—Y sabe usted que me sorprende una cosa, Señor Mandeville?—dijo Daniel parando sus pasos y mirando al ministro con una fisonomía la mas sorprendida posible.

—Qué cosa, Señor Bello?

—Que estando en Buenos Aires la Inglaterra, y habiendo tantos que caminarian mil leguas por alejarse del pais en estos momentos, no hayan caminado algunas cuabras y llegádose á esta casa.

—Ah, sí, pero

—Perdone usted ; no quiero saber nada. Si hay algunos desgraciados, cubiertos por la bandera inglesa en esta casa, es un deber y una humanidad de parte de usted, Señor Mandeville, y yo no cometeria la indiscrecion de querer saberlo.

—No hay nadie ; doy á usted mi palabra de honor, de que no hay nadie refugiado en mi casa. Mi posicion es excepcional. Mis instrucciones son terminantes para observar la mas completa circuns-

peccion. Con la mejor voluntad, yo no podria faltar á mis instrucciones.

—Entonces esta no es mas que una casa como otra cualquiera?—le preguntó Eduardo con un tono de impertinencia que Daniel tuvo que bajar volando.

—Todos comprendemos su posicion de usted, Señor Mandeville. En estos momentos de efervescencia popular, nuestro mismo gobierno no podria hacer efectivas las inmunidades de esta casa; y usted quiere evitar los conflictos diplomáticos que necesariamente tendrian lugar, si el pueblo olvidase los respetos de la legacion.

—Ecsactamente,—contestó Mandeville con un contentamiento sincero, al oir que su mismo interocutor lo salvaba del embarazo en que lo puso la brusca interrogacion de Eduardo,—exactamente; y me he visto en la necesidad, en la dura necesidad de negar el asilo de ~~mi~~ casa á varios que lo han solicitado, porque ni puedo responderles de su seguridad, ni me es permitido obrar de modo que pueda traer mas conflictos á este pais, por cuyos habitantes tengo la mas profunda simpatía, y con el cual mi gobierno se esmera en

mantener las mas estrechas relaciones de amistad.

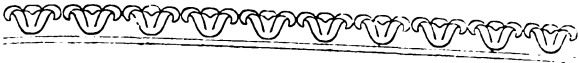
—Me parece, Daniel, que he sentido parar el coche á la puerta, y que ya es tiempo de dejar al Señor Mandeville, que querrá salir á sus visitas de costumbre,—dijo Eduardo que tenia punzoes hasta las orejas.

—No hay nada comparable, Señor Belgrano, al placer que tengo en estar con ustedes.

—Sin embargo, mi amigo tiene razon, y es preciso que hagamos el sacrificio de separarnos del Señor Mandeville y de su esquisito jerez,—dijo Daniel llenando dos copas, presentando una al Señor Mandeville y saludándolo al tomar su vino, con una sonrisa la mas cortesana de este mundo.

Un minuto despues se despedian en la antesala, quedando el Señor Mandeville sin saber á qué habian venido aquellos jóvenes, qué eran positivamente, ni qué pensaban de él al retirarse.





CAPITULO XV.

Mr. Slade.



PESAR que el mal humor que dominaba á Eduardo lo habia descompuesto á tal punto, que su despedida del caballero Mandeville, habia sido mas bien una impertinencia, que un saludo, su oido, sin embargo, no lo habia engañado cuando anunció á su amigo la llegada del coche.

En efecto, allí estaba, y dentro de él nuestro Don Cándido Rodríguez, que espiró una gran cantidad de aire de su oprimido pecho, al verse de nuevo en compañía de Daniel y Eduardo, cuando el coche partió, volviendo á tomar el mismo camino que habia traido, segun la instruccion que, al subir, habia dado Daniel á su fiel criado.

Y no bien el carruaje comenzó á balancearse en el maldito empedrado de la calle de la Reconquista, cuando Daniel preguntó á Don Cándido :

—A cual de los dos ?

—Cómo, Daniel ?

—A Santo Domingo, ó á San Francisco ?

—Antes, es preciso que te imponga de todo, despacio, con pormenores, con

—Todo quiero saberlo ; pero debemos empezar por el fin, para dar órdenes al cochero.

—Absolutamente lo quieres ?

—Sí, con mil bombas !

—Pues bien ¿ pero no te enojarás ?

—Acaba usted, ó lo echamos del coche,—dijo Eduardo con una mirada que aterró á Don Cándido.

—Que jénios, que jénios ! Bien, jóvenes fogo-

sos, mi mision diplomática no ha tenido écsito.

—Quiere decir,—prosiguió Daniel,—que ni en Santo Domingo, ni en San Francisco lo admiten?

—En ninguna parte.

Daniel se inclinó, abrió el vidrio delantero, dijo dos palabras á Fermin, y los caballos tomaron un trote mas largo, siempre por la calle de la Reconquista, en direccion á la plaza.

—Te diré, pues,—prosiguió Don Cándido—hice parar el carruaje en Santo Domingo, bajé, entré, me persigné, y caminé por el lóbrego y solitario claustro; me paré, batí las manos, y un lego que encendia un farol vino á mi encuentro. Le interrogué por la salud de todos, y pregunté por el Reverendo Padre que me habias indicado. Me introdujo á su celda, y luego de los saludos y cumplimientos de costumbre, no pude menos de felicitarlo por aquella vida tranquila, feliz y santa que disfrutaba en aquella mansion de sociego y de paz; porque habeis de saber vosotros, que desde mis primeros años tuve aficion, tendencia, vocacion al claústro; y cuando hoy me imagino que podia estar tranquilo bajo las bóvedas sagradas de un convento, libre de las agitaciones políticas, y

con la puerta cerrada desde la oracion, no puedo perdonarme mi descuido, mi negligencia, mi abandono. En fin. . . .

—Sí, el fin; siempre el fin es lo mejor, mi querido maestro.

—Decia, pues, que en el acto establecí mis primeras proposiciones.

—En lo que ya hizo usted mal.

—Pues no iba á eso?

—Sí; pero nunca se comienza por lo que se quiere obtener.

—Déjale que hable,—repuso Eduardo arrellanándose en un ángulo del coche, como si se tratase de dormir.

—Prosiga usted—dijo Daniel.

—Prosigo. Le dije claro y terminantemente la posicion de un sobrino mio; que siendo un exelente federal, era perseguido por emulaciones individuales, por envidia, por celos de algunos malos servidores de la causa, que no respetaban como debian la ínclita fama y honra, del patriarcal gobierno de nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, y de su respetabilísima familia. Hice con elocuencia y entusiasmo la biografía de todos los

miembros de las ilustres familias del Excelentísimo Señor gobernador propietario, y de su Excelencia el Señor gobernador delegado ; concluyendo, que por honor de estas ilustres ramas del tronco federal, la relijion y la política estaban interesadas en evitar que se cometiese una tropelía, contra el sobrino de un tio como yo, que habia dado clásicas pruebas de valor y perseverancia federal ; y que por no distraer la atencion de los Señores gobernadores y demás altos y conspícuos personajes, ocupados actualmente en la independenciam de la América, pedia al Convento de Santo Domingo, asilo, proteccion y albergue para mi inocente sobrino, ofreciendo donar para limosnas una suma crecida, en oro ó en papel moneda, segun lo que dispusieran los RR. PP. Tal fué, en muy lijero extracto, el discurso conque abrí mi conferencia. Pero, y contra todas mis previsiones y perspicaacia, el Reverendo Padre me dijo :

—Señor, yo quisiera poder ser útil á usted, pero no podemos mezclarnos en los asuntos políticos, y algo ha de haber cuando persiguen á su sobrino de usted.

—Protesto una, dos y tres veces—le respondí—

contra todo lo que pueda decirse de mi inocente sobrino.

—No importa, replicó. Nosotros no podemos comprometernos con el Señor Don Juan Manuel; y lo único que podemos hacer es rogar á Dios porque proteja la inocencia de su sobrino de usted, si en verdad es inocente.

—Amen—dijo Eduardo.

—Así contesté yo tambien—prosiguió Don Cándido—levantándome y pidiéndole mil perdones por el tiempo que le habia robado á Su Paternidad. Y paso ahora á mi conferencia en San Francisco.

—No, no, no, basta de frailes, por amor de Dios; y basta de todo, y hasta de la vida, porque esto no es vida, sino un infierno!—esclamó Eduardo pegándose una récia palmada en la frente.

—Todo esto, mi querido amigo,—repuso Daniel,—no es sino un acto, una escena del drama de la vida; de esta vida nuestra y de nuestra época, que es un drama especial en este mundo. Pero solo los corazones débiles se dejan dominar por la desesperacion en los trances difíciles de la suerte.

Acuérdate que estas son las últimas palabras de Amalia. Ella es mujer, y, vive Dios, que tiene mas serenidad que tú.

—Serenidad para morir, es lo de menos. Pero esto es peor que la muerte, porque es la humillacion. Desde ayer no se hace otra cosa que echárseme de todas partes. Mis criados me huyen; mis pocos parientes me desconocen; el extranjero, y hasta la casa de Dios, me cierran sus puertas, y esto es cien veces, un millon de veces peor que una puñalada.

—Pero tienes una mujer, como ninguna, un hombre, como nadie. Todavía el amor y la amistad velan por tí, y no todos cuentan con esto en Buenos Aires. Hece tres dias que no tienes casa, ni tienes nada. Te han roto, saqueado y confiscado cuanto tienes, segun ellos. Y, sin embargo, he conseguido salvarte mas de un millon de pesos. Y con una novia linda como un sol, con un amigo como yo, y con una buena fortuna, no hay todavía motivos porque quejarse tanto de la suerte.

—Pero ando como un mendigo.

—Dejemos de hablar tonterias, Eduardo.

—Donde vamos, Daniel? observo que nos acercamos al Retiro.

—Justamente, mi querido maestro.

—Pero estás en tu juicio!

—Si, Señor.

—No sabes que en el Retiro está el rejimiento del jeneral Rolon, y parte de la fuerza de Maza?

—Ya lo sé.

—Y entonces? ¿quieres que nos prendan?

—Como usted quiera.

—Daniel, lo que yo quiero es que no nos sacrifiquemos tan pronto. Quien sabe que dias felices nos esperan en el porvenir. Volvámonos hijo, volvámonos. Mira que ya nos acercamos al cuartel. Volvámonos.

Daniel volvió á sacar la cabeza por el vidrio delantero, dijo unas palabras á Fermin, y el coche dobló á la derecha, y en dos minutos estuvo á la puerta de la hermosa casa del Señor Laprida, donde habitaba el Cónsul de los Estados Unidos, el Señor Slade. El gran porton de fierro estaba cerrado; y en el edificio, como á cien pasos de la verja, apenas se percibia una luz en las habitaciones del primer piso.

Daniel dió dos fuertes golpes con el llamador; esperó un rato, pero en vano.

—Vámonos, Daniel—decia Don Cándido á cada momento, sin bajar del coche, y sin quitar los ojos de los cuarteles, que á esas horas, cerca de las diez de la noche, estaban en el mas profundo silencio.

Daniel volvió á llamar mas fuerte aun; y al poco rato se vió venir, paso á paso, á un individuo hácia la puerta. Se acercó, miró con mucha flema, y luego preguntó en inglés:

—Qué hay?

Con el mismo laconismo le contestó Daniel:

—Mr. Slade?

El criado, entonces, sacó una llave del bolsillo, y abrió la gran puerta, sin decir una palabra.

Don Cándido bajó inmediatamente, y colocándose entre Daniel y Eduardo, siguió con ellos los pasos del sirviente.

Este los introdujo á una pequeña antesala donde les hizo señas de esperar, y pasó á otra habitacion.

Dos minutos despues, volvió, y empleando el mismo lenguaje de las señas, los hizo entrar.

El salon no tenia mas luz que la que despedian dos velas de sebo.

El Señor Slade estaba acostado en un sofá de cerda, en mangas de camisa, sin chaleco, sin corbata, y sin botas; y en una silla, al lado del sofá, habia una botella de coñac, otra de agua, y un vaso.

Daniel no conocia, sino de vista, al Cónsul de los Estados Unidos. Pero conocia muy bien á su nacion.

El Señor Slade se sentó con mucha flema, dió las buenas noches, hizo seña al criado de poner sillas, y se puso las botas y el levita, como si estuviera solo en su aposento.

—Nuestra visita no será larga, ciudadano Slade,—le dijo Daniel en inglés.

—Ustedes son arjentinos?—preguntó el Cónsul; hombre como de cincuenta años de edad, alto, de una fisonomía abierta y llana, y de un tipo mas bien ordinario, que distinguido.

—Sí, Señor, los tres,—contestó Daniel.

—Bueno. Yo quiero mucho á los arjentinos,—é hizo señas á su criado de servirles coñac.

—Lo creo bien, Señor, y vengo á dar á us-

ted una ocasion de manifestarnos sus simpatías.

—Ya lo sé.

—Sabe usted á lo que venia, Señor Slade?

—Sí. Ustedes vienen á refujiarse á la legacion de los Estados Unidos ¿no es eso?

Daniel se encontró perplejo ante aquella estraña franqueza; pero comprendió que debia marchar en el mismo camino que se le abria, y contestó muy tranquilamente, despues de tomarse medio vaso de agua con coñac.

—Sí, á eso venimos.

—Bueno. Ya están ustedes aquí.

—Pero el Señor Slade no sabe aun nuestros nombres?—repuso Eduardo.

—Que me importan vuestros nombres? Aquí está la bandera de los Estados Unidos, y aquí se protege á todos los hombres, como quiera que se llamen—contestó el Cónsul, volviéndose á acostar muy familiarmente en el sofá, sin incomodarse cuando Daniel se levantó, y tomando y apretando fuertemente su mano, le dijo :

—Es usted el tipo mas perfecto de la nacion mas libre, y mas democrática del siglo XIX.

—Y mas fuerte,—dijo Slade.

—Sí, y la mas fuerte,—agregó Eduardo,—porque no puede dejar de serlo con ciudadanos como los que tiene—y el jóven tuvo que irse al balcon que daba al rio, para no hacer notable á los demas, la espresion de su sensibilidad y su dolor comprimidos, que brotó subitamente de sus ojos.

—Bien, Mr. Slade,—continuó Daniel,—no somos los tres los que veníamos á pedir asilo ; sino únicamente aquel caballero que se ha levantado, y que es uno de los jóvenes mas distinguidos de nuestro pais, y que se vé actualmente perseguido. No sé si yo tambien tendré que buscar mas tarde esta proteccion, pero, por ahora, solo la buscábamos para el Señor Belgrano, sobrino de uno de los primeros hombres de la guerra de nuestra independencia.

—Ah, bueno. Aquí están los Estados Unidos.

—Y no se atreverian á entrar aquí?—preguntó Don Cándido.

—Quién? y al hacer esta interrogacion el Señor Slade, frunció las cejas, miró á Don Cándido, y luego se rió.—Yo soy muy amigo del jeneral Rosas,—continuó.—Si él me pregunta quienes están aquí, yo se lo diré. Pero si manda sacarlos

por fuerza, yo tengo aquello,—y señaló una mesa donde habia un rifle, dos pistolas de tiro, y un gran cuchillo,—y allí tengo la bandera de los Estados Unidos,—y levantó su mano señalando el techo de la casa.

—Y á mí para ayudar á usted,—dijo Eduardo que volvia de la ventana.

—Bueno, gracias. Con usted son veinte.

—Tiene usted veinte hombres en su casa?

—Sí, veinte refugiados.

—Aquí?

—Sí, en las otras piezas y en el piso de arriba, y me han hablado por mas de cien.

—Ah!

—Que vengan todos. Yo no tengo camas ni con que mantener á tanta jente. Pero aquí está la casa y la bandera de los Estados Unidos. (*)

(*) En algunas de las publicaciones de la época se encuentra la torpe y calumniosa acusacion á este noble ciudadano de los Estados Unidos, de que *vendia* la proteccion que daba. Esto es falso é ingrato. El Señor Slade era pobre. Acababa de enviar su familia á los Estados Unidos por no poder sostenerla en Buenos Aires; y se encontró de repente con ciento y tantos huéspedes en los meses de Setiembre y Octubre. Y como absolutamente no tenia como mantenerlos en mas de cuarenta dias que

—Bien, nada, nada nos faltará. Nos basta solo la proteccion de usted, noble, franco y leal descendiente de Washington, porque yo tambien, aquí me quedo,—dijo Don Cándido alzando su cabeza y dando con el baston en el suelo, y con tal seriedad, y tal decision que Daniel y Eduardo se miraron y no pudieron contener una carcajada; lo que obligó á Daniel á dirigirse en inglés al Señor Slade, para darle una idea de la persona y del carácter de su maestro. Y esta lijera relacion llevó de tal modo el buen humor al espíritu del sencillo Slade, que no pudo menos de echar él mismo un poco de coñac, y beber con Don Cándido, diciéndole :

—Desde hoy está usted bajo la proteccion de los Estados Unidos, y si lo matan á usted, he de hacer que arda Buenos Aires.

allí estuvieron, se hizo suscripcion entre los asilados para dar al mayordomo, lo necesario para la comida de tanta jente. Y muchos habia allí que nada dieron porque nada tenian que dar. El Señor Slade no recojió un real de la proteccion que dispensaba, y en todo el cuerpo diplomático y consular, nadie hubo que fuese una sombra, siquiera, del noble y jeneroso proceder del Cónsul de los Estados Unidos.

—Yo no acepto esas hipótesis, Señor Cónsul; y preferiría que Buenos Aires ardiese primero, no que primero me matasen y despues ardiese.

—Vamos,—dijo Daniel,—todo esto no es sino broma, mi querido Señor Don Cándido: usted tiene que volverse conmigo.

—No, no iré, ni tienes ya derecho ninguno sobre mí, pues estoy en territorio extraño. Aquí pasaré mi vida, cuidando de la importante salud de este hombre benemérito, y á quien amo ya entrañablemente.

—No, Señor Don Cándido, vaya usted con Daniel,—repuso Eduardo,—recuerde usted que tiene que hacer mañana.

—Es inútil, no me voy. Y desde este momento quedan cortadas todas nuestras relaciones.

Daniel se levantó, y llamando aparte á Don Cándido, tuvo con él un diálogo vivísimo, para reducirlo á volver al coche. Però todo habria sido inútil si el jóven no hubiese mezclado á las amenazas, la promesa de dejarlo en completa libertad para volver á los Estados Unidos, tan pronto como le hiciese conocer algo que necesitaba saber de casa del gobernador delegado.

—Por último,—decía Don Cándido al terminar sus condiciones—será condicion espresa que dormiré esta noche en tu casa, y mañana, si mañana mismo no me vengo á esta hospitalaria y garantida mansion.

—Convenido.

—Señor Cónsul,—prosiguió Don Cándido volviéndose á Mr. Slade,—no puedo tener desde esta noche el honor, el placer, la satisfaccion de ver sobre mi cabeza el ínclito pabellon Norte-Americano. Pero voy á hacer cuanto de mí dependa por estar aquí desde mañana.

—Bueno,—contestó Slade.—Yo no lo he de entregar á usted, sino muerto.

—Qué demonio de franqueza tiene este hombre!—dijo Don Cándido mirando á Eduardo.

—Vamos, amigo mio,—dijo Daniel.

—Vamos, Daniel.

Mr. Slade se levantó con pereza, se despidió en inglés de Daniel, y dándole un abrazo á Don Cándido, le dijo :

—Si no nos vemos mas, espero que nos conoceremos en la otra vida.

—Sí? pues no me voy, Señor Cónsul,—y Don

Cándido hizo un movimiento para volverse á sentar.

—Son bromas, mi querido maestro,—repuso Eduardo.

—Vamos, vamos que es tarde.

—Sí, pero son bromas que. . . .

—Vamos. Hasta mañana, Eduardo.

Y los dos jóvenes se dijeron elocuentes discursos en el largo y estrecho abrazo que se dieron.

—Para ella,—fué la última palabra de Eduardo al oprimir á su amigo y separarse de él.

El mismo criado que los habia introducido, los condujo hasta la puerta de la calle ; y al abrirla le preguntó Don Cándido :

—Y siempre está cerrada esta puerta de calle ?

—Sí,—le contestó el criado.

—Y no seria mejor tenerla abierta ?

—No.

—Que demonio de laconismo ! Conózcame usted bien, amigo mio, ¿ me conocerá usted para otra vez ?

—Sí.

—Vamos, Señor Don Cándido,—dijo Daniel montando al coche.

—Vamos. Buenas noches, honrado criado del mas ilustre de los Cónsules.

—Buenas noches,—contestó el criado, y cerró el porton.





CAPITULO XVI.

De como Don Cándido Rodriguez era pariente de Cuitiño.



Las ocho de la mañana de uno de los últimos días de Setiembre, el maestro de primeras letras de Daniel, sorbia á grandes tragos, espumoso é hirviente chocolate en una enorme tasa de porcelana, mientras que su discípulo arreglaba, doblaba y se-

llaba papeles, teniendo ambos en sus rostros las señales de haberse pasado en vela toda la noche.

—Daniel, hijo ¿no sería bueno que nos recostásemos un rato, un momento, algún tiempo?

—Ahora, Señor ; mas tarde. Todavía necesito de usted un momento.

—Pero que sea el último, Daniel ; porque decididamente, hoy me voy á los Estados Unidos. Sabes que hace cinco dias que le he dado mi palabra á ese honrado y benemérito Cónsul, de pasar á residir en su territorio.

—Es porque no sabe usted lo que hay,—dijo Daniel sellando un paquete.

—Lo que hay ?

—O lo que puede haber en el territorio.

—No, á mí no me engañas. Todavía anoche, mientras escribias, me he leído cinco tratados de Derecho de Jentes, y dos Manuales Diplomáticos, en los capítulos que tratan de las inmunidades de los agentes públicos, y las casas de su residencia. Y sabe, Daniel, que hasta los coches son inviolables, de lo que he deducido que podré pasear, seguro, en el coche del benemérito Cónsul, sin temor, sin zozobra, sin peligro, sin.....

—Vamos á ver, mi querido maestro. Oiga usted bien lo que yo leo, y lea usted bien el orijinal que me ha traído—y Daniel dió un papel á Don Cándido y tomó otro.

—Este es el mio,—dijo Don Cándido.

—O mas bien, el de Don Felipe.

—Pues ! pero pertenece á mi secretaria privada.

—Vamos á ver—dijo Daniel, y leyó como sigue :

“Individuos que han entrado á la Cárcel desde el dia 15 del presente mes de Setiembre.

“Dia 15. Eustaquio Diaz Velez—Remitido por
la Policia.

“ 17. Pedro Longinoti. Id. id.

“ “ Lucas Gonzalez. Se ignora por
(quien.)

(Se entregó á las doce y media de la noche del dia 18, á Don Nicolas Mariño, por órden verbal, y fué fusilado en su cuartel.)

Al acabár estas palabras de la copia del diario que leía, Daniel sacudió su cabeza y llevó su mano derecha á los ojos, permaneciendo así largo rato.

—Ah, Daniel, hasta el mismo Don Felipe ha llorado al saber esta sensible pérdida !

—Al saber este horrendo asesinato, diga usted....
pero sigamos.

"Dia 18.	Ramon Carmona.....	Por la Policia	
" 19.	José Maria Canaveri....	id.	id.
" "	Ventura Ocampo.....	id.	id.
" 21.	Exequiel Serna.....	id.	id.
" 22.	Luis Fernando Otero....	id.	id.
" "	José Rico.....	id.	id.
" "	Bernardo Testas.....	id.	id.
" "	Gregorio Collazo.....	id.	id.
" "	Luciano Lizarreaga.....	id.	id.
" "	Juan Manuel Chaves....	id.	id.
" "	Santiago Eleisa.....	id.	id.
" "	Bonifacio Araoz.....	id.	id.
" "	Mateo Vidal.....	id.	id.
" "	Bernabé Marquez.....	id.	id.
" "	Miguel Rodriguez Machado	id.	id.
" "	Antonio Saldarriaga....	id.	id.
" "	Alejo Menchaca.....	id.	id.
" 23.	Pedro Paulino Gaete....	id.	id.
" "	Ventura Buteler.....	id.	id.
" "	Juan Lucas Thebes....	id.	id.
" "	Francisco Rodriguez....	Remitido por	
		la Policia y preso por el Presidente	

de la Sociedad Popular Restauradora á la disposicion del Superior Gobierno.

- “Dia 23. Demetrio Villarino—Policía &a. ípreso por el Presidente de los Serenos.
 “ 24. Segundo Benavente.... Por la Policía
 “ 26. Ignacio Fuentes..... id. id.
 “ “ Sandalio Gonzalez..... id. id.
 “ “ Francisco Araoz..... id. id.

—Veamos los muertos,—dijo Daniel doblando el papel que habia leído y tomando otro.

—Detente, espera, mi querido y estimado Daniel; dejemos á los muertos en paz.

—No, es la suma la que quiero ver.

—La suma está aquí, Daniel, son cincuenta y ocho, en veinte y dos dias.

—Eso es; cincuenta y ocho, en veinte y dos dias.

Y Daniel dobló estos papeles como los anteriores, y les puso su sello.

—Mira que se te quedan las marchas del ejército en Santa Fé.

—Hago esto de ellas, mi querido maestro,—y Daniel acercó el papel á la vela y lo quemó; y en

seguida guardó todos los paquetes en un secreto del escritorio.

Luego tomó la pluma y escribió:

“Mi querido Eduardo: He estado ayer con Amalia desde la oracion hasta las once de la noche; y está enferma. La sorpresa de nuestra visita antenoche, y la ansiedad con que quedó al retirarnos, la han hecho mal. Y cuando yo mismo he reflexionado sobre mi condescendencia contigo, te confieso que me he criticado á mí mismo.

“La Mashorca continúa ensangrentándose. La cárcel, los cuarteles, y el campamento son teatros de muerte que se agrandan por momentos; y tengo motivos para creer que todo esto no son sino preparativos de los crímenes en escala mayor que se preparan para Octubre.

“Todos hablan de esa casa, y se susurra que la atacarán. No lo creo, pero es necesario ponerse en todos los casos. Esta novedad ha llegado hasta oídos de Amalia. Quería, absolutamente, que tuviese lugar el matrimonio el primero de Octubre, ya que tienes la resolucion de no dejar el pais hasta conquistar esa felicidad que tanto anhelas. Pero yo le he hecho ver, que Mr. Dou-

“glas no puede estar aquí hasta el dia 5, y ha te
 “nido que resignarse á esperar.

“Todo está concluido, mi querido amigo. El
 “resultado de las conferencias con Mackau, será la
 “paz. Yo esperaré, sin embargo, hasta el último
 “momento, y entonces te llevaré á tu Amalia co-
 “mo hemos convenido.

“He hecho ya todos mis arreglos, y espero á mi
 “buen padre por momentos.

“No iré á verte hasta pasado mañana.

“Esta carta te la conduce nuestro querido maes-
 “tro, que vá determinado á no moverse de ahí ;
 “déjalo á tu lado.

“Te abraza,

“DANIEL.”

—Se ha dormido usted, Señor Don Cándido—
 dijo el jóven cerrando la carta que se acaba de
 léer.

—No ; pensaba, mi querido Daniel.

—Ah, pensaba usted.

—Pensaba que si la Señora madre de nuestro
 Señor gobernador propietario, no se hubiese casa-

do con su digno esposo, es muy probable que no hubiese tenido á su ilustre hijo, y que hoy no estaríamos pagando el amor conyugal de aquella mal embarazada Señora.

—Amigo mio, juro á usted que no se me habia ocurrido tal raciocinio—repuso Daniel poniendo su sello en la carta y dándosela á su maestro.

—Esta carta no tiene sobre, Daniel.

—No importa. Esa carta es para Eduardo, guárdela usted bien.

—La llevo ahora mismo?

—Cuando usted quiera. Pero va usted á ir en mi coche, y todavia no está pronto.

—Ah, bien, bien pensado!

Daniel iba á tocar un timbre, cuando llamaron á la puerta de calle, y al momento se presentó un criado, diciendo con una voz muy poco tranquila:

—El comandante Cuitiño.

Don Cándido se echó para atrás en el sillón y cerró los ojos.

—Que entre,—dijo Daniel.—Serenidad, mi querido maestro,—prosiguió,—esto no es nada.

—Ya estoy muerto, Daniel,—respondió Don Cándido sin abrir los ojos.

—Adelante, mi comandante,—dijo Daniel parándose y recibiendo á Cuitiño, mientras Don Cándido, al sentirlo en el escritorio, por una reacción puramente mecánica, se paró, abrió sus labios con una sonrisa convulsiva, y estendió sus dos manos, para cojer la de Cuitiño, que se sentó en el ángulo de la mesa en que maestro y discípulo habian pasado largas horas.

—A qué hora recibió mi recado, comandante?

—Hará dos horas, Señor Don Daniel.

—Y qué está enfermo, que ha tardado tanto?

—No, Señor, estaba en comision.

—Ah, ya yo decia! Cuando se trata del servicio de la causa, ojála todos fuesen como usted! Y eso mismo le decia ayer al Presidente; porque si hemos de andar paso á paso, como el jefe de policia, es mejor que lo digamos claro, y no andemos engañando al Restaurador. Por mi parte, comandante, yo ya ni sé lo que es dormir. Toda la noche me he pasado con este hombre cerrando *Gacetas* para mandar á todas partes, porque el Restaurador quiere que se sepa en todas partes, el

entusiasmo de los federales. Y hace poco que el Señor,—y Daniel señalaba á Don Cándido, quien, poco á poco, iba volviendo en sí al saber que Cuitiño habia venido por llamado de Daniel,—me observaba una cosa en que ya ha de haber usted caído, comandante.

—Qué cosa, Don Daniel?

—Que vea si la *Gaceta* dice una palabra de usted, ni de los federales que esponen su vida á todas horas, por sostener la causa.

—Conque ni ponen los partes, siquiera!

—A quien los dirige, comandante?

—Ahora los dirijo á la policia, desde que el Restaurador está en el campamento. Demasiado que me fijo, Señor Don Daniel, y este hombre tiene mucha razon.

—Oh, Señor comandante,—dijo Don Cándido,—y quien no ha de estrañar el silencio que se guarda, con un hombre de los antecedentes de usted?

—Y que no son de ahora.

—Por supuesto que no son de ahora!—repuso Don Cándido.—Desde antes de nacer ya era usted acreedor al aprecio del público, porque el Señor

de Cuitiño, padre de usted, pertenece á uno de los troncos mas antiguos de nuestras respetables familias. Uno de los ilustres tios de usted, mi benemérito Señor comandante, fué casado, segun lo he oido á mis mayores, con una de las primas de mi Señora madre; por lo cual, siempre he tenido por usted simpatias de pariente, á la vez que nos ligan los estrechos y federales lazos de nuestra causa comun.

—Entonces usted es mi pariente ?—le preguntó Cuitiño.

—Pariente, y muy cercano,—le respondió Don Cándido.—Una misma sangre corre por nuestras venas, y nos debemos cariño, estimacion y proteccion recíproca, por la conservacion de nuestra sangre.

—Vaya, pues, si en algo puedo servirlo.....

—Conque, comandante,—dijo Daniel, interrumpiéndolo para que Don Cándido no acabára por revelarse mas,—conque ni los partes le publican ?

—No, Señor. Ahora mismo acabo de pasar el parte sobre el salvaje unitario Salces, y no lo han de publicar.

—Salces?

—Sí, pues; el viejo Salces. Ahora mismo lo acabamos de degollar.

Don Cándido cerró los ojos.

—Estaba en la cama,—continuó Cuitiño,—pero de ahí no mas lo sacamos, y lo degollamos en la calle. El otro dia pasé el parte, tambien, cuando degollamos al tucumano La Madrid. El jueves pasado, degollamos á Zañudo, y siete mas, y tampoco han publicado esos partes. Por lo que hace á mí, tiene razon mi primo. . . . ¿cómo se llama?

—Cándido—contestó Daniel, viendo que el dueño de ese nombre no parecia estar dueño de su vida.

—Pues decia, que tiene razon mi primo Cándido; y que ahora cuando empiece la cosa en grande, no voy á dar cuenta á nadie.

—Y qué! ¿recien está por empezar?—preguntó Don Cándido con una voz que parecia salida, no de un pecho, sino de un sepulcro.

—Sí, pues. Ahora vá á empezar lo bueno. Ya tenemos la órden.

—Directamente la ha recibido, comandante?

—Sí, Señor Don Daniel. Yo ya no me entien-

do, sino con el Restaurador. No quiero saber nada con doña Maria Josefa.

—Mire que lo ha molido!

—Ahora se ha agarrado con Gaetan, y Badia y Troncoso: y siempre dale con Barracas; y siempre con aquel salvaje que se escapó, como si ya no estuviera con Lavalle.

—Conque hasta á mí me aborrece esa Señora!

—No, de usted no me ha hablado nada. Es á su prima á la que no quiere.

—Yo le he de contar algun dia por qué, comandante.

—Hoy estaba encerrada con Troncoso, y una negrita de por ahí por la Quinta.

—Mientras usted, comandante, se ocupa de los verdaderos servicios á la federacion, vea de lo que se ocupa Doña María Josefa!

—Pues! haciendo espíar mujeres.

—Porsupuesto. La negrita 'ha de ser espia. ¿Qué quiere tomar, comandante?

—Nada, Don Daniel, acabo de almorzar.

—Y no ha oido nada?

—De qué?

—Todavía no ha recibido cierta órden?

—No sé, pues.

—Por el Retiro.

—Por el Retiro?

—Sí, pues, la casa grande.

—La del Cónsul?

—Sí.

—Ah, no. Orden, no, pero ya sabemos.

--Así!—y Daniel juntó todos los dedos de su mano derecha y los alzó á la altura de los ojos de Cuitiño; mientras que á Don Cándido se le erizaron los cabellos, y los ojos se le saltaban de las órbitas, creyendo ver en Daniel al mismo Judas.

—Ya sé,—contestó Cuitiño.

--Pero no hay orden?

—No.

—Mejor, comandante.

—Como mejor?

—Sí, yo sé lo que le digo, y para eso lo he llamado. Su primo es de confianza, y está en todos estos secretos.

--Y qué hay, pues?

—Que no conviene todavía.

--Ah!

--Todavía hay pocos. Pero lo que empiece la

buena, se ha de llenar la casa. Y allá para el 8, ó el 9. ¿me entiende?

—Sí, Don Daniel,—contestó Cuitiño radiante de una feroz alegría al comprender á Daniel.

—Pues! juntitos.

Don Cándido creía que estaba loco, pues no podía creer lo que estaba oyendo.

—Caball!—contestó Cuitiño,—eso seria lo mejor. Pero falta la órden, Don Daniel.

—Ah, sí, sin la órden, Dios nos libre! Pero yo ando en eso.

—Y Santa Coloma.

—Ya sé.

—Le tiene muchas ganas al gringo.

--Ya sé, comandante.

--Tuvo no se qué pelotera con él.

—Sí, pues. De manera que si yo consigo la órden, ¿ya sabe?

—Con toda mi partida, Don Daniel.

—Y si Santa Coloma la consigue ¿usted me lo avisa?

—Como no?

—Porque hay esto. Es necesario que yo vaya,

para evitar que, en medio del entusiasmo federal, vayan á tocar los papeles del Consulado.

—Ah!

—Porque entonces si, el Restaurador se enojaria por los compromisos que eso traeria al pais, ¿entiende?

—Sí, Don Daniel.

—Pero aunque Santa Coloma reciba la órden, yo soy de opinion que esperemos á que hayan mas; allá para el 8, ó el 9.

—Cabal que es mejor.

—Que golpe, comandante!

—Todos lo estamos deseando.

—De manera que todos lo saben?

—Todos; pero mientras no haya órden, no nos atrevemos á nada.

—Hacen bien, eso es ser federal.

—Pero sabe lo que hemos pensado?

—Diga, comandante.

—Vamos á poner emboscadas por el rededor de la casa, desde esta noche.

—Bien pensado; pero tengan cuidado de una cosa.

—Qué?

—No vayan á parar ningun coche. Paren no mas á los que vayan á pié.

—Y por qué no á los coches?

—Porque pueden ser los del Cónsul, y á estos no se pueden tocar.

—Y por qué?

—Porque son de él, y todo lo del Cónsul, está bajo la proteccion del Restaurador.

—Ah!

—De manera que tocar al coche, es como tocar al Cónsul.

—Yo no sabia.

—Vé? si siempre es bueno conversar. ¡Vea el disgusto que tendria el Restaurador, si hiciéramos una barbaridad que lo comprometiese en nuevas guerras.

—Ahora mismo voy á avisárselo á los compañeros.

—Sí, no pierda tiempo; estas cosas son muy delicadas.

—Porsupuesto.

—Asi es que, nada sin orden.

—Dios nos libre, Señor Don Daniel!

—Y en cuanto haya la órden, hacemos por esperar á que se junten mas.

—Eso és.

—Entonces, quedamos entendidos, comandante.

—Bueno, Don Daniel. Y yo me voy, no sea que vayan á atajar algun coche.

—Sí, véalos á todos.

—Conque, Cándido, si en algo puedo servirte, ya sabes que soy tu primo.

—Gracias, mi querido y estimado primo,—contestó don Cándido, mas muerto que vivo, levantándose y tomando la mano que le estiraba Cuitiño.

—Donde vives?

—Hombre, yo vivo. . . . yo vivo aquí.

—Bueno, te he de venir á ver.

—Gracias, gracias.

—Adios, pues.

Y Cuitiño salió con Daniel, quien al despedirlo en la sala metió la mano al bolsillo, y le dijo:

—Comandante, esto es para usted, son cinco mil pesos, que me ha mandado mi padre, con órden de repartirlo entre los federales pobres, y yo le pido á usted que lo haga por mí.

—Vengan, don Daniel. ¿Y cuando viene el Señor don Antonio?

—Lo espero de un momento á otro.

—Mándeme avisar en cuanto llegue.

—Asi lo haré, comandante; vaya con Dios y sirva á la causa.

Y Daniel volvió á su escritorio, tomó papel y se puso á escribir, sin reparar en Don Cándido que lo miraba de hito en hito, con unos ojos en que el enojo hacia cierta mezcolanza con la estupefaccion, y trazó estas líneas:

“Eduardo; sé positivamente que todo lo que corre, sobre asalto á la casa de Slade, no son sino palabras, pues no hay órden ninguna á este respecto. Pero es necesario que el Cónsul haga avisar á los que han solicitado asilo, que por ningún motivo vayan á pié, porque la casa va á estar vijilada; pero que pueden ir en coche, sin inconveniente alguno; siendo mucho mejor que vayan en el mismo coche del Señor Slade.

“Adios”

—Ahora, mi querido maestro, en vez de una carta, son dos—y Daniel alzó su mano para darle el billete. Pero aquel le contestó.

—No ¿ó acaso quieres envolverme en tu negra traicion?

—Adios mi plata! ¿ha perdido usted el juicio, mi respetable primo de Cuitiño?

—Primo del gran demonio, deberá ser ese facineroso.

—Pero usted se lo ha dicho?

—Qué sé yo lo que digo; si yo creo que estoy loco, en este laberinto en que me encuentro, rodeado del crimen, de la traicion, de la falsía! ¿Quien eres, dí? Define tu posicion. ¿Como hablas en mi presencia de atacar la casa donde voy á asilarme, donde está ese jóven á quien llamas tu amigo, donde.....

—Por amor de Dios, Señor Don Cándido! ¡que todo tenga que esplicárselo á usted!

—Pero qué esplicacion cabe en lo que yo mismo he oido?

—Esto,—dijo Daniel abriendo el último billete, que no habia lacrado, y dándoselo á Don Cándido, cuya cara y cuyos ojos asustaban, realmente.

—Ah!—esclamó despues de leerlo dos veces.

—Esto, Señor Don Cándido, es trabajar sobre el trabajo ajeno, es envolver á los hombres en sus

propias redes, es hacerlos perder dentro sus propios planes, es hacerse servir de sus propios enemigos, es en fin, la ciencia toda de Richelieu, aplicada á pequenísimas cosas, porque no hay Rochelas ni Inglaterras entre nosotros, que si las hubiera, tambien la aplicaria. Ahora, vaya usted y repose tranquilo en el territorio norte-americano.

—Ven á mis brazos, jóven admirable, que me has hecho pasar el mas cruel momento de mi vida.

—Venga el abrazo, y váyase usted en mi coche, ilustre primo de Cuitiño.

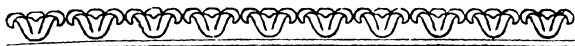
—No me insultes, Daniel.

—Bueno, hasta mañana; no, hasta pasado mañana. El coche está en la puerta.

—Adios, Daniel.

Y el pobre don Cándido volvió á abrazar á su discípulo, que media hora despues trataba de dormir, mientras don Cándido se paseaba, con la cabeza erguida, en el territorio de los Estados Unidos, como él decia, en tanto que Eduardo leía las cartas de su amigo.





CAPITULO XVII.

El reloj del alma.



L lector tendrá á bien recordar ahora, aquel lindísimo dia, 5 de Octubre, en que dejamos á Amalia arrodillada, conversando con Dios, despues de haberla visto entre sus riquísimos trajes, tratando de elejir el que debia ponerse esa noche, en que iba á dar su ma-

no al bien amado de su corazón. Y es en la noche de ese día que volvemos á Barracas, después de tener conocimiento de los sucesos descritos en los capítulos anteriores.

Pero antes, nos fijaremos en un coche que pára á la puerta de una casa de pobre apariencia en la calle de Corrientes, y de donde sale, al momento, un sacerdote anciano, que sube al carruaje y saluda á dos individuos que parecían esperarlo en él. Los caballos partieron en el acto, doblaron por la calle de Suipacha, con dirección al Sur, y al cortar la calle de la Federación, el cochero tuvo que sofrenarlos para no atropellar á tres jinetes que venían de la parte del campo, sus caballos sin herrar, y con la apariencia de haber galopado buenas leguas. Uno de los caballeros parecía de alguna edad, y ser el jefe ó el patrón de los otros, por la distancia respetuosa que guardaban de él, y por el lujo gaucho de su caballo.

Acababan de dar las ocho.

La calle Larga de Barracas era un desierto.

La mirada se sumergía en ella, y no hallaba un ser viviente, ni una luz, ni un indicio de vida; ni se percibía otro ruido que el de la brisa entre

las hojas de los árboles. Parecia uno de esos parajes que escojen los espíritus de otro mundo, para bajar al nuestro, envueltos en sus chales de sombra; y donde corren, se deslizan, se chocan, ríen, lloran, cantan, tocan en los cristales, y se dilatan y se escurren, y sin forma ni color rozan la frente, revuelven los cabellos, y con su soplo volcanizan la imaginacion y se escapan:—lugares rodeados de soledad y de misterio, en que el alma se sobrecoje y reconcentra, y un no sé qué de vago la oprime, imprimiéndose en el aire y en la sombra las mismas fantasías de la mente; espíritus que se vén; almas que corren, se alejan y se acercan; fantásmas que se levantan como la espiral del humo, y se rarifican en el vacío, como la bruma, como el aire mismo; luces que súbitas se inflaman y se apagan; risas, jemidos que el aire trae, y cuyo éco créé conocer el alma, y mas se sobrecoje, y mas la oprime algo que no es propiamente el miedo vulgar, sino una especie de sueño en la vigilia, con algo que se acerca mas á la muerte que á la vida, mas á la oscura eternidad con sus arcanos, que al presente con sus peligros reales: ilusion del alma, y no de los sentidos; per-

cepciones de la imaginacion, en ciertos parajes, en horas especiales, y en circunstancias dadas....

.....

Pero en medio de aquella soledad, habia una animacion escondida; y entre esas tinieblas, un torrente de luz, oculto por los muros de la Quinta de Amalia.

En el salon, los rayos de cincuenta luces se reflejaban en los espejos, en los bruñidos muebles, y en el cristal de los jarrones que rebosaban flores, y en cuyas labores, á los rayos de la luz y la sombra de las flores, se descubria el brillo azul del diamante, la luz enrojecida del rubí, los desmayos del zafiro, la esplendidez de la esmeralda, y las coqueterias del ópalo.

El gabinete y el tocador estaban iluminados del mismo modo; y solo el dormitorio de aquella solitaria beldad, no tenia mas luz que la de una pequeña lámpara de bronce, velada por un globo de alabastro; porque el amor huye del ruido y de la luz. Hijo de los misterios de Dios, vaciados en el molde del corazon humano, busca tambien el secreto y el misterio en la tierra. La tarde en el mar; y el rayo de la luna al traves de las ho-

jas de los árboles, son los modelos de silencio y de luz, que la adivinacion del sentimiento, mas que el arte, sabe imitar para esconder al amor, cuando es esperado por los que arden en su celeste llama; y la alcoba de Amalia lo esperaba como el crepúsculo en el mar tranquilo, como la luna entre el bosque, como el corazon en el misterioso seno de la mujer.

Pero como un contraste de la melancólica claridad del aposento, la belleza de Amalia, entre el torrente de luz de su tocador, resplandecia como la Vespertina entre el millon de estrellas de la noche.

Radiante de hermosura, de juventud y de salud; tipo perfecto del gusto y la elegancia, acababa sus últimos adornos, parada en medio á sus magníficos espejos.

Habia algo en aquella mujer, que remontaba la imaginacion, en el ála misteriosa de las edades, y la trasportaba á las creaturas de Israel. Y aquí un perfil de Maria, la hermana de Moisés; allí el ojo y la mirada de la tímida Ruth; allá el talle y las formas de la jentil Rahab; el cuello y la piel transparente de Abigaíl; las cejas como el arco

del amor, y los cabellos como el manto de la noche, que daban sombra al rostro y á la espalda de Bethsabé; la jentileza y el lujo de la reina de Saba; y la noble frente de la esposa de Abraham. Y en medio á este conjunto de bellezas, trasparente en el rostro la lágrima del álma, como Sara, la bellísima esposa de Tobias.

Luisa la contemplaba como enajenada.

Vestia un traje de gró color lila claro, con dos anchos y blanquísimos encajes, recojidos por ramos de pequeñas rosas blancas, con tal arte trabajadas que rivalizaban con las mas frescas y lozanas de la naturaleza. Su cuello no tenia mas adorno que un hilo de perlas que se perdia entre los encajes del seno mal velado, y suspendia un medallon con el retrato de su madre. Sus cabellos rodeaban, en una doble trenza, la parte posterior de su cabeza; y de allí, hasta cerca de las sienes, se abrian en rizos que besaban los hombros; y unas bandas de encaje de Inglaterra caían hácia la espalda, sostenidas por la rosa blanca que ella misma habia elejido esa mañana. Un chal del mismo encaje que las bandas, caía como una ténue neblina sobre sus hombros, rebelde á

su objeto, descubriendo el seno y la espalda que queria ocultar. Y la única alhaja, que, á ruegos de Luisa, se habia decidido á ponerse, era, en su brazo derecho, un brazaletes de perlas con un broche de zafiros.

No era tal ó cual cosa, era el todo; era ella misma la que absorvia la mirada, la que abstraía el alma y la fascinaba.

Sus ojos, sin rivales en el mundo, estaban mas animados que de costumbre; y sus lábios, como la flor del granado, tenian el brillo del rubí, mientras que el ténue colorido de las rosas de Mayo, habia desterrado la palidéz habitual de su semblante. ¿Era, todo esto, el efecto natural de esa fiebre insensible que ajita la sangre en las situaciones definitivas de la vida humana; ó era solamente la animacion que obran en la mujer la luz y los espejos de un tocador, el resplandor de su belleza misma, y las imájenes' caprichosas de la mente? quién sabe! La fisiologia del corazon de una mujer es toda arcános, donde la mirada de la razon se pierde! Un reloj dió las ocho de la noche; y desde el primer martillazo se habrian podido contar los siguientes, en los latidos del cora-

zón de Amalia, al través de los encajes que cubrían su seno: y, súbitamente, el granado de sus labios, y la rosa de Mayo de su rostro, tomaron los colores de la perla y el jazmin.

—Se vuelve usted á poner pálida, Señora, y tan luego ahora que acaban de dar las ocho!

—Es por eso precisamente—contestó Amalia, pasándose la mano por la frente, y sentándose.

—Por que son las ocho?

—Sí. No sé qué es esto: desde las seis de la tarde, cada vez que siento dar horas, sufro horriblemente.

—Sí; tres veces lo he notado. Eso és, desde las seis ¿y sabe usted lo que voy á hacer?

—Qué, Luisa?

—Voy á hacer parar el reloj, para qué cuando den las nueve no se vuelva usted á enfermar.

—No, Luisa, no. A las nueve ya estarán aquí, y todo estará concluido. Ya se ha pasado, no es nada,—repuso Amalia levantándose y volviendo á sus colores anteriores.

—Es verdad, es verdad, ya vuelve usted á estar tan linda como antes; tan linda como nunca la he visto á usted, Señora.

--Calla, loca ; anda y llama á Pedro.

Y entretanto, Amalia desprendió de su seno el medallon con el retrato de su madre, y lo llenó de besos. Y apenas acababa de prenderlo de nuevo sobre el seno de su vestido, cuando volvió Luisa con Pedro, tan bien afeitado y peinado, con un levita abotonado hasta el cuello, y con aire tan marcial, que parecía tener veinte años menos, en aquel dia en que iba á casarse la hija de su coronel.

--Pedro, mi buen amigo—le dijo Amalia—nada vá á cambiarse en esta casa. Yo quiero ser siempre para usted, lo que he sido hasta hoy ; quiero que me cuide usted siempre como á una hija ; y la primera prueba de cariño que quiero recibir de usted en mi nuevo estado, es la promesa dé que nunca se separará usted de mí.

--Señora, yo..... yo no puedo hablar, Señora,—dijo el viejo sacudiendo como con rabia su cabeza, ó como si con ese movimiento quisiera castigar las lágrimas que le inundaban los ojos, y le entorpecian la palabra.

--Bien, me dirá usted un sí, solamente. Quiero que me acompañe usted á Montevideo la sema-

na que viene, porque el que vá á ser mi marido debe emigrar esta misma noche, y mi obligacion es seguirlo en su destino ¿vendrá usted, Pedro?

—Sí, pues, sí, Señora, sí—contestó, dándose aires de que estaba muy entero y podia decir muchas palabras.

Amalia se acercó á una mesa, abrió una caja de ébano, llena de alhajas, tomó un anillo y se volvió al antiguo camarada de su padre.

—Este anillo,— le dijo,—es formado con cabellos míos, de cuando era niña. No tiene mas valor que ese, y por eso se lo doy á usted para que lo conserve siempre; mi padre lo usaba en el ejército.

—Toma! este és, lo conozco, vaya si lo conozco!—dijo el soldado inclinando la cabeza y besando el anillo que habia estado en las manos de su coronel, como si fuese una reliquia santa.

Los ojos de Amalia y de Luisa se anublaron de lágrimas en ese momento, en presencia de aquella sensibilidad sin arte, sin esfuerzo, hija del corazón y los recuerdos.

—Otra cosa, Pedro,—prosiguió Amalia.

—Diga usted, Señora.

—Quiero que sea usted testigo de mi casamiento. No habrá nadie mas que usted y Daniel.

El soldado, por toda contestacion se acercó á Amalia, tomóle la mano entre las suyas convulsivas de emocion, é imprimió en ella un respetuoso beso.

—Se han ido ya los dos criados de la Quinta?

—Desde la oracion los despaché, como me lo previno usted.

—Entonces está usted solo?

—Solo.

—Bien. Mañana repartirá usted estos billetes entre los criados, sin decirles por qué—y Amalia tomó de sobre la mesa un puñado de papeles de banco, y se los dió.

—Señora,—dijo Luisa,—me parece que siento ruido en el camino.

—Está todo cerrado, Pedro?

—Sí, Señora. Pero esta puerta de fierro que dá á la Quinta, yo no sé como es eso.; van dos veces, ya se lo he dicho á usted, que la he encontrado abierta por las mañanas, cuando yo mismo la cierro y guardo la llave bajo mi almohada.

—Bien, no hablemos de eso esta noche.

—Señora,—repitió Luisa,—siento ruido, y me parece que es un coche.

—Sí, yo también.

—Y ha parado,—prosiguió Luisa.

—Es cierto. Ellos serán. Vaya usted, Pedro, pero no abra sin conocer.

—No hay cuidado, Señora. Estoy solo, pero no hay cuidado.

Y el veterano pasó del tocador al cuarto de Luisa, y atravesó el patio para ver quien llegaba á la casa de la hija de su coronel.





CAPITULO XVIII

El velo de la novia.

I.



MALIA no se habia equivocado, porque eran en efecto las personas que ella habia esperado por tantas horas y con tanta angustia.

Desde su tocador sintió abrir la puerta de la

sala, y al momento conoció los pasos de Daniel que venia por el gabinete y su dormitorio.

—Ah, Señora,—dijo el jóven parándose en la puerta del tocador, y mirando á Amalia,—yo esperaba tener el placer de encontrarme aquí con una linda mujer, y me sorprende la felicidad de hallarme con una diosa!

—Deveras?—fué la respuesta de Amalia, con una sonrisa encantadora, acabando de calzarse un guante de cabritilla blanco, que parecia dibujado en su preciosa mano.

—Sí, muy cierto—repuso Daniel acercándose poco á poco á su prima, y contemplándola con ojos verdaderamente admirados,—y tan cierto que creo ser esta la primera vez que he mirado á una mujer, como miro á cierta otra, á quien.....

—A quien yo escribiré tal novedad esta misma noche.

—Bien, y yo.... yo.... yo hago esto,—y á medida que hablaba fuése acercando, hasta que, tomando de súbito á su prima, le imprimió un beso en la frente, y saltando como un niño á cuatro pasos de ella, le dijo—ahora hablemos con seriedad.

—Sí, ya es tiempo, atrevido—le contestó Amalia con su sonrisa celestial.

—Eduardo está ahí.

—Y yo aquí.

—Y yo también: porque ya no me falta, sino casarme por ustedes.

—No sería conmigo.

—Y harías bien. Está el Cura, y es necesario que no esté, ni diez minutos.

—Y por qué?

—Porque para estar él, es necesario que esté el coche á la puerta.

—Y bien?

—Y bien? Una partida puede pasar; el coche le llamará la atención; espíará; y.....

—Ah, sí, sí..... comprendo todo..... vamos, Daniel.... pero,—y Amalia apoyó su mano en una mesa.

—Pero qué?

—No sé.... quisiera reirme de mí misma, y tampoco puedo.... no sé lo que tiene mi corazón.... pero....

—Vamos, Amalia.

—Vamos, Daniel.

—Y el jóven tomó la mano de su prima, la enlazó de su brazo; pasaron por la alcoba y la antesala, y llegaron al salon donde estaban de pié, mirando un cuadro, el sacerdote y Eduardo.

Este último vestia todo de negro y guantes blancos. Sobre su semblante pálido, resaltaban mas sus cabellos negros como el ébano, y sus hermosos ojos, rodeados de una sombra aterciopelada, que daba á su varonil fisonomía un tinte de poesía y pesadumbre, que establecia un contraste de artista.

Por bien templada que fuese el álma de aquel hombre, era imposible que donde hubiese corazon, hubiese indolencia para los grandes juegos á que se arrojaba su vida en esa noche. El matrimonio, que corta la vida del hombre, que separa el pasado, del porvenir, que fija la suerte, ó la desgracia del resto de la ecsistencia: la separacion del objeto amado al libar la primera gota de la felicidad apetecida; y, por último, la emigracion, con la muerte cerniéndose sobre la cabeza, á cada paso que se diera en los bordes de la patria, para decirla adios, eran circunstancias capaces de dominar y oprimir al álma mas acostumbrada á

los golpes de fierro del destino, cuando todas ellas debian tener lugar en el pequeño círculo de pocas horas.

Él y su Amalia se dirijieron un millar de palabras en su primer mirada.

Y el sacerdote, que estaba instruido por Daniel de la necesidad de terminar brevemente aquella ceremonia, cuyos requisitos habian sido allanados de antemano por el jóven, se preparó en el momento para el acto mas sério, quizá, de su mision en la tierra: el que liga dos vidas y dos almas; el que santifica en el mundo una inspiracion que solo viene de Dios, y mezcla el nombre de Dios, y el respeto de Dios, á lo mas santo y mas sublime del corazon humano, á la hebra imperceptible de luz que liga al ánje! caido, con la esencia de la Divinidad que lo hizo: al amor.

El sacerdote acabó una oracion, hizo esa pregunta, en cuya respuesta se sella el destino que vá mas allá, mas allá de la tumba, y que no hay lábio humano que la pronuncie, sin sentir el calor del corazon latiendo apresurado. Y luego, en nombre del Trino indivisible y eterno, Eduardo y Amalia quedaron unidos para la tierra, y

para el cielo—porque las almas que Dios junta en la tierra, por la inspiracion purísima de su divino soplo, si aquí se separan un momento, allí se juntan en el seno inefable de la inmortalidad!

Un suspiro desahogó el oprimido pecho, y en la presión de sus manos, en el rayo profundo de sus miradas, y en la sonrisa injénua de sus lábios, Amalia y Eduardo nadaron en espacios de ventura, atravesaron siglos de felicidad, y por primera vez el cristal de sus ojos fué empañado por una lágrima de ventura; y sus rostros, un momento antes tan pálidos, se sonrosaron de improviso con los relámpagos de su propia dicha.....

.....

No bien se hubo concluido la ceremonia, y mientras Amalia daba un beso á Luisa que lloraba, cuando Daniel se acercó á Pedro y le preguntó al oído.

—Su caballo de usted está en el pesebre?

—Está.

—Lo necesito por una hora.

—Bien.

Luego tomando de la mano á Amalia y lleván-

dola á un sofá de la antesala, mientras Eduardo daba las gracias al sacerdote, la dijo :

—El cura se vá, y yo tambien.

—Tú?

—Sí, Madama Belgrano, yo ; porque estoy destinado á no estar quieto en un solo lugar, porque llegue á estar quieto en Montevideo su marido de usted.

—Pero qué hay, ¡ Dios mio ! qué hay ? ¿ no nos has dicho que estarias con nosotros hasta el momento de embarcarse ?

—Sí, pero es por eso mismo que tengo que salir un momento. Oyeme : sábes que el punto de embarque es en la Boca, por lo mismo que nadie puede pensarlo ; pero hemos quedado con Douglas en vernos de las nueve á las diez, en una de las casillas de madera que hay en el puerto, por si acaso hubiese ocurrido alguna novedad que hiciera necesario mudar algo del plan ; y como el inglés es mas puntual que un inglés, estoy seguro que antes de un cuarto de hora está en la casilla, porque ya van á dar las nueve. Dentro de una hora estaré de vuelta ; y, entretanto, Fermin que hace de cochero, vá á llevar al Cura, y volverá á

caballo, con el mio de diestro para mi vuelta.

—Y para ir á la Boca?—preguntó Amalia que estaba pendiente de los lábios de Daniel.

—No, cuando vamos con Eduardo iremos á pié.

—A pié?

—Sí, porque pasaremos por entre las Quintas de Somellera y de Brown, y despues iremos por el bañado, tan seguros como si estuviéramos en Londres.

—Sí, sí, me parece mejor—respondió Amalia—pero irás con Fermin y con Pedro.


—No, iremos los dos, déjame hacer. Ahora es necesario separarnos, porque no estoy tranquilo hasta que salga el coche de la puerta de tu casa.

—Llevas armas?

—Sí; ven á despedirte del Cura.

Los dos volvieron al salon, y un momento despues Amalia y Eduardo acompañaban hasta la puerta del zaguan al ministro de la Iglesia, que se esponia por su ministerio á todos los inconvenientes que en esos tiempos tenian esas horas y esos lugares solitarios.

Y á la vez que los caballos del coche partian para la ciudad, y que Eduardo cerraba la puerta de la calle, salia Daniel por el porton, tarareando una de nuestras canciones de guitarra, ó mas bien de esos tristes, cuyo aire es, poco mas ó menos, el mismo para todas las letras; cubierto con su poncho, y á galope corto, como el mejor y mas indolente gaucho.



II.

•

Al volver al salon, y cuando las luces iluminaron de nuevo la figura de Amalia, Eduardo no pudo menos de pararse, con las dos manos de su esposa y amante entre las suyas, contemplándola embriagado de amor y encantamiento. Y luego la atrajo contra su seno, y, sin hablarla, sin poder hablar, la oprimió largo rato y bebió de su boca las sonrisas radiantes de felicidad que la inundaban, y de sus ojos los rayos del amor que se escapaban. Pero, derrepente, un estremecimiento súbito, como el que produce el golpe eléctrico, ajitó á la jóven que se desprendió de los brazos de Eduardo, y, con la cabeza inclinada al pecho, y lentamente, atravesó la sala, el gabinete, entró á su dormitorio,

•

y se paró delante del crucifijo, interrogándole, ú orando con el alma en los labios.

Eduardo la habia seguido sin volver en sí de su sorpresa, ó mas bien, de su profunda perturbacion, al notar el estremecimiento y la repentina palidéz de su esposa.

—Pero ¡Dios mio! ¿qué es esto? ¿qué tienes, mi Amalia? —la preguntó al fin, tomándola de la mano y sentándola en el pequeño sofá del dormitorio.

—Nada, nada, Eduardo, nada, ya pasó....he sufrido tanto....supersticiones....los nervios; qué se yó! pero ya pasó.

—No, no, Amalia; ha habido algo especial; algo que no sé, pero que quiero saber, porque sufro mas que tú en este momento.

--No sufras, pues: ha sido la campana del reloj; hé ahí todo.

--Pero....

--No me preguntes, no me hagas reflexiones; sé cuanto me dirias; pero no lo he podido remediar; y toda la tarde he sufrido iguales impresiones al oír las horas.

—Nada mas?

—Te lo juro.

Eduardo respiró como si se aliviase su alma de un enorme peso.

—Mi Amalia,—la dijo,—cuando te sentí estremecer, huir de mis brazos, y te ví venir á refugiarte en Dios, una idea horrible cruzó por mi cabeza, y he sufrido en un minuto, un siglo de tormento. Pensé ver en todo aquello una sensacion de disgusto, una protesta de tu alma contra el lazo que acababa de ligarnos para siempre.

—Eduardo! ¿y lo has creido? ¡tambien esto, Dios mio!

—Perdon, mi Amalia, encanto anjelicado de mi alma, perdon..... mi vida tan combatida, mi amor tan entrañable, la misma felicidad de éste momento, precursora de la vida encantada que me espera á tu lado, todo conspiró é intrigó mi espíritu..... perdon, perdon.

Y atrayéndola hácia su seno, levantando los rizos que vagaban desordenados sobre su frente, apagaba con sus besos las luces de sus ojos, y contaba con sus lábios los latidos de sus sienes.

Ella, entretanto, decia al bien amado de su alma :

—Es esta la primera vez de mi vida que yo he amado. Es esta mi primera pasion, mi primer himeneo, mi primer dia, mi primera dicha.

—Amalia !

—Desgracias, el silencio y la horfandad de mi vida, todo lo olvido, Eduardo. Hoy comienza mi vida por tí, para tí, en tí. Y si algo temia, si algo me retraía, era el miedo, esa vision terrible que me persigue siempre, haciéndome ver que en mi destino hay el veneno del infortunio, que mata, ó hace la desgracia de cuantos me aman ; y si he cerrado mis ojos á mi estrella, es porque solo con mi mano puedo comprar tu alejamiento de aquí. Sin ello, yo habria sacrificado esta felicidad que ahora me abrumba, estos siglos de ventura que vivo este momento, por no tener el temor siquiera de orijinate un minuto de mal. mira si te amo !

—Oh ! es mucha, es mucha felicidad para un solo corazon. !

Y la luz de la lámpara se amortiguaba ; las hojas de la rosa blanca se desprendian y caían en-

entre los rizos de la jóven, y el chal de encajes, envuelto al acaso entre los brazos de ella y él, cubrió la frente de los dos. y era el velo de la novia. y era el cendal del amor y del misterio. !



c

.



CAPITULO XIX.

El tálamo nupcial.



UANDO el reloj de la Quinta daba las diez de la noche, Pedro abria el porton para que entrase Daniel, despues de haber oido y conocido su canto en la lóbrega y solitaria calle Larga.

Y en ese momento tambien, una escena bien diferente tenia lugar á pocos pasos : era Amalia,

que, desde la primera vibracion del reloj, habia estremecídose con mas violencia aun, que en las veces anteriores, y refugiado su cabeza en el seno de su esposo, abrazándose de él instintivamente, como si el éco del metal fuese la voz fatídica del jé-nio del dolor, que la viniese á anunciar una desgracia en esa mitad de su vida, en esa su vida entera, que se llamaba Eduardo.

—Qué es esto, amado mio, esposo mio?—le preguntó al fin, derramándose de su mirada rayos de luz y de amor, sombras de pesadumbre y de inquietud—¿qué es esto? Es la primera vez de mi vida que se obra en mi alma tal misterio, y á medida que pasan las horas, es mas violenta y fuerte la impresion que siento! Qué! ¿ni á tu lado puedo yo ser feliz?

—Anjel de mi alma, es tu imajinacion y nada mas. Opreso de disgustos, tu espíritu se ha llenado de sombras, que se disiparán pronto al rayo de mi amor, á la adoracion á que se consagrará mi vida, velando tu felicidad y tu calma. Es el aire, la luz de Buenos Aires, lo que enferma el espíritu y el cuerpo. Pero pronto estarás á mi lado, lejos de aquí.

—Sí, pronto, muy pronto, Eduardo. Yo no puedo vivir aquí, y en ninguna parte podré vivir sin tí.

—Viajaremos juntos.

—Y por qué nó desde esta noche?

—Es imposible.

—Dejaré todo. Luisa y Pedro me seguirán despues.

—Es imposible.

—Llévame, llévame, Eduardo ¿no soy tu esposa? ¿no debo seguirte á todas partes?

—Sí, pero no debo esponerte, luz de mis ojos.

—Esponerme?

—Cualquier incidente....

—Luego tú te espónes? Por qué me engañan! ¿no me han dicho que hay la mayor seguridad posible?

—Es cierto, no hay peligro, pero quizá tengamos que permanecer en el rio, dos, tres, ó cuatro dias.

—Y qué me importa si los paso contigo?

—Amalia, no alteremos en nada nuestro plan. Respetemos de casados, todas nuestras promesas de solteros. Si no vas con Daniel antes de quin-

ce dias, irás sin él; porque á esa fecha, se habrá concluido la paz con la Francia, y no habrá inconveniente ninguno para tu embarque. Acuérdate, bien mio, que voy á dejarte porque tú me lo mandas, y que tú debes quedarte porque yo te lo ruego. . . . Pero. . . . siento alguien en la sala.

—Será Luisa?

--No, creo que es Daniel.

Y el jóven besó la frente de su esposa y pasó al salon, donde se halló en efecto con su amigo.

Amalia, entretanto, llamó á Luisa y dispuso que Pedro trajese el té al gabinete, donde pasó á reunirse con su esposo y su primo.

—Dios nos proteje, hija mia, todo está completamente listo y arreglado. Solamente que en vez de esperar á la madrugada, Douglas fija la hora del embarque para las doce de la noche, es decir, dentro de dos horas.

—Y por qué ese cambio?—preguntó Amalia.

—Es lo que yo mismo no puedo explicarte; porque tengo tal confianza en la prevision y sagacidad de mi famoso contrabandista, que desde que él ha señalado esa hora, nada le pregunté, porque

estoy cierto que es la que mas ha de convenir al embarque.

Eduardo tomó la mano de su Amalia y parecia querer trasmitirle su alma en su contacto.

Daniel los miró con ternura y les dijo :

—El destino no ha querido corresponder á mis mas vivísimos deseos: yo habia deseado ver vuestra felicidad, á la luz de la mia al mismo tiempo. Envueltos en unas mismas desgracias, yo habia deseado que en una misma hora arrebatásemos á la suerte un momento para nuestra comun felicidad, y si Florencia estuviese á mi lado en este instante, yo seria el ser mas venturoso de la tierra. . . . pero en fin, he conquistado ya la mitad de mis aspiraciones. La otra. . . . Dios dispondrá.

Era tan profunda, tan esquisita la sensibilidad de aquellos tres jóvenes, y se armonizaba tanto en cada uno la suerte de los otros, que sus impresiones de felicidad, ó de dolor, de ansiedad, ó de melancolía, se comunicaban con un magnetismo sorprendente; y en ese instante una lágrima fujitiva, pero brotada del fondo del corazon, empañó la pupila de todos. Pero Daniel, ese carácter especial para la dominacion de sí mismo, esa alma de abnegacion y je-

nerosidad, que sacrificaba todo á la felicidad de los que amaba, concibió que era una crueldad echar una gota de pesadumbre en la copa de felicidad, que apenas llegaba á los lábios de aquellos dos séres tan combatidos de la suerte, y levantándose, y abrazándolos sucesivamente, les dijo :

—Vamos, vamos, estemos contentos estos instantes que nos deja el destino, y no pensemos sino en los dias que vamos á pasar dentro de poco en Montevideo, ni hablemos de otra cosa que de ellos.

Pocos momentos despues entró Pedro con la bandeja del té y fué á colocarla en una mesa del gabinete de lectura, que como se sabe, estaba entre el salon y el aposento, á donde pasó Amalia con su esposo y su primo, habiendo antes díchole á Pedro que se retirase, pues nunca consentia que él la sirviese.

Antes de diez minutos Daniel habia vuelto la alegría á sus amigos.

Fugáz, animador, espirituoso, voluble y gracioso en los jiros de la conversacion, era imposible resistir al sello que él le imprimiera.

Por último, solo le faltaba hacerlos enojar, para darles el placer de que se reconciasen luego.

Porque no hay nada mas en armonía con las necesidades del corazon enamorado, que esos pasajeros enojos que preparan la reconciliacion, y en ella, mas impetuosa, la reaccion de los afectos. Y así fué, que con una gran seriedad, tomando su segunda tasa de té, dijo á su amigo:

—Ah, Eduardo, una cosa se me ha olvidado preguntarte: ¿qué hago de la cajita de cartas?

—La cajita de cartas!—contestó Eduardo, mientras Amalia se puso á mirarlo fijamente.

—Sí, pues!—repuso Daniel con la misma gravedad,—la cajita de cartas, donde creo que hay tambien, cabellos de Amalia, por el color.

—Te has vuelto loco, Daniel?

—No, gracias á Dios.

—Y por qué disumula usted, caballero? ¿Qué cosa mas natural que tener esos recuerdos y querer conservarlos?

—Te juro, Amalia mia, que en mi vida he tenido semejante caja, ni sé de qué cartas me está hablando Daniel. O está jugando, ó repito que se ha vuelto loco.

—Pero, por qué negarlo?—repuso Amalia ro-

sada y fingiendo una sonrisa que abrumaba á Eduardo.

—Ves, Daniel, lo que sacas con tus bromas?— repuso Eduardo que empezó á comprender el capricho de su amigo.

—De modo qué.....

—De modo que haces mal porque ¿lo ves?

—Qué?

—Que Amalia ha retirado muy insensiblemente su silla del lado de la mia.

Daniel entonces soltó una carcajada, se levantó, tomó la mano de su prima, y poniéndola entre la de Eduardo, exclamó:

—Están impagables! Mi Florencia tendria mas circunspeccion.

—No, no, es cierto, tú no has mentido,—repuso Amalia sin retirar su mano, y esperando y deseando que la acabaran de convencer.

Pero una nueva risa de Daniel, y una mirada de Eduardo, concluyeron por hacerla conocer la chanza caprichosa del primero; y la presión de su mano, y el rayo enamorado de su tiernísima mirada, le dijeron á Eduardo que la nube de celos se habia evaporado. En ese instante ella y él se

cambiaban el alma en las miradas, y en el calor de sus manos se trasmitian la vida.

Pero en ese instante tambien, la voz de Luisa vino á caer como un rayo en medio de los tres.

Era un grito agudo, horrible y estridente, al mismo tiempo que se vió á la niña venir despavorida por las piezas interiores, y al mismo tiempo tambien, que se oyó un tiro en el pátio, y una especie de tormenta de gritos y de pasos precipitados.

Y antes que Luisa hubiese podido decir una palabra, y antes que nadie se la preguntase, todos adivinaron lo que habia, y junto con la adivinacion del instinto, la verdad se presentó ante ellos, á través de los vidrios del gabinete, en el fondo de las habitaciones por donde habia venido la niña; pues una porcion de figuras siniestras se precipitaban por el cuarto de Luisa, al tocador de Amalia. Y todo esto, desde el grito, hasta la vista de aquellos hombres, ocurría en un instante tan fujitivo como el de un relámpago.

Pero con la misma rapidéz tambien, Eduardo arrastró á su esposa hasta la sala, y cojió sus pistolas de sobre el marco de la chimenea.

Inmediatamente, porque todo era simultáneo

y rápido como la luz, Daniel arrastró la mesa y la tumbó con lámpara, bandeja y cuanto tenía, junto á la puerta que separaba el gabinete, de la alcoba.

—Sálvanos, Daniel!—gritó Amalia precipitándose á Eduardo cuando tomaba las pistolas.

—Sí, mi Amalia, pero solo peleando; ya no es tiempo de hablar.

Y estas últimas palabras perdiéronse á la detonacion de las pistolas de Eduardo, que hizo fuego á cuatro pasos de distancia sobre ocho ó diez forajidos que ya pisaban en la alcoba; mientras Daniel tiraba sillas delante de la puerta, y á tiempo que otro tiro se disparaba en el patio, y un rujido semejante al de un leon, dominaba los gritos y las detonaciones.

—Dios mio, han muerto á Pedro! — gritaba Amalia prendida del brazo izquierdo de Eduardo que no conseguia desasirse de ella.

—Todavía no,—dijo el soldado entrando por la puerta de la sala, que daba al zaguan, bañado el rostro y el pecho, en la sangre que salia á rios de un hachazo que habia recibido en la cabeza, y tirando, al mismo tiempo que decia esas palabras,

la espada de Eduardo, que vino á caer cerca del grupo que formaban todos en el gabinete, delante de la barricada improvisada por Daniel; y mientras que con el brazo izquierdo se limpiaba la sangre que le cubria los ojos, con la derecha, donde tenia su sable, trataba de cerrar la puerta de la sala.

La pluma, el pensamiento mismo, no puede alcanzar todos los accidentes de esta escena, en todo su movimiento súbito y velóz.

La voz de Eduardo que decia á su esposa asida de su brazo y su cintura:

—Nos pierdes, Amalia, déjame, pasa á la sala— no se oía entre el ruido y la grito infernal que venia del patio, del tocador, y de aquellos que entraban al aposento, y de los cuales uno habia caido á los pistoletazos de Eduardo.

El cristal de los espejos del tocador saltaba hecho pedazos, á los sablazos que pegaban sobre ellos, sobre los muebles, sobre los vidrios de las ventanas, sobre las lozas del lavatorio, en cuanto habia, siendo estos golpes, acompañados de una gritería salvaje, que hacia mas espantosa aquella escena de terror y muerte.

A los tiros de Eduardo, los que invadieron la

alcoba, habian, unos retrocedido algunos pasos, otros parándose súbitamente, sin avanzar hácia la mesa y las sillas caidas delante de la puerta. Pero dos hombres se precipitaron en aquel instante en el aposento.

—Ah, Troncoso y Badia!—gritó Daniel arrojando otra silla, parándose contra el perfil de la puerta, y sacando de su pecho aquella arma con que habia salvado á su amigo en la noche del 4 de Mayo; única que llevaba, y que era impotente en la desigual lucha que iba á trabarse.

Y cuando aquellos dos hombres, se precipitaban como dos demonios, el uno con una pistola en la mano, y el otro con un sable, Eduardo alzó á Amalia por la cintura, la llevó, la dejó sobre un sofá de la sala, y cojió la espada que le acababa de tirar Pedro. Y á este, que venia de echar á la puerta de la sala el débil pasador que la cerraba, y queria hacer un esfuerzo para seguir á Eduardo al gabinete, le faltaron las fuerzas á los dos pasos, las piernas se le doblaron, y cayó temblando de furor, delante del sofá en que quedó la jóven. Allí se abrazó de sus pies, bañando con su sangre jenerosa á aquella criatura,

á quien todavía queria salvar, oprimiéndola para que no se moviese.

Entretanto, el rayo no cae mas rápido ni mortífero, que el sable de Eduardo sobre la cabeza del bandido mas cercano á la mesa y las sillas caidas, entre los diez ó doce que, á la voz de sus jefes, asaltaban aquel débil obstáculo. Y al mismo tiempo Daniel alcanzaba al hombro de otro, y le dislocaba el brazo de un golpe seco de su *Casse-tête*.

—Cójete el sable!—le gritó Eduardo; mientras que Pedro, haciendo esfuerzos por levantarse, sin poderlo conseguir, porque estaba mortalmente herido en el pecho y la cabeza, solo tenia fuerzas para oprimir los pies de Amalia, y voz para estar repitiendo á Luisa, abrazada tambien de su Señora:

—Las luces, apaguen las luces, por Dios!

Pero Luisa ni le oía, y si le oía no queria obedecerlo, porque temblaba de quedarse á oscuras, si posible era sentir mas terror que el que la dominaba.

Pero los dos golpes certeros de Eduardo y de Daniel, no sirvieron sino para atraer sobre sí

mayor número de asesinos, pues á la voz de uno de sus jefes, vinieron los que estaban robando y rompiendo en el tocador; y cuando se lanzaron á las sillas y la mesa, el mismo Eduardo, impaciente por aquellos obstáculos que impedían el alcance de su espada, con sus piés trataba de separar las sillas, y ya poco faltaba para que hubiese un camino espédito de la una á la otra habitacion, cuando Daniel descargó su terrible maza sobre la espalda de uno de los que se agachaban á separar una silla del lado del aposento, y el bandido vino á ocupar el lugar que despejaba Eduardo.

—Salva á Amalia, Daniel, sálvala; déjame solo, sálvala!—gritaba Eduardo, temblando de furor, menos por el combate que por los obstáculos que no podia remover con las manos, porque con su espada hacia frente á los puñales y sables que habia del otro lado de ellos, mientras que temia tropezar y caerse si intentaba separarlos con los pies.

Todo esto habria durado como diez minutos, cuando seis ú ocho de los bandidos dejaron el aposento y se retiraron por el tocador, mientras

que los restantes continuaban, á la voz del jefe que quedaba con ellos, tratando de separar los muebles caidos, pero con tal temor, que apenas habian separado dos ó tres sillas que no estaban al alcance de la espada de Eduardo.

Ninguno de los dos jóvenes estaba herido, y Eduardo en el momento en que su brazo descansaba un segundo, dió vuelta su cabeza para ver á su Amalia, al través de los vidrios del gabinete, contenida por un moribundo y una niña, y volviéndose á su amigo, le dijo en francés :

—Sálvala por la puerta de la sala; sal al camino, gana las zanjas de enfrente; y en cinco minutos yo habré roto todas las lámparas, pasaré por el medio de esta canalla, y te alcanzaré.

—Sí,—le contestó Daniel,—es el único medio; ya lo sabia, pero no queria dejarte solo; ni lo quiero aun. Voy á ver de salvarla y vuelvo en dos minutos; pero no pases la barricada.

Y Daniel pasó como un relámpago á la sala, y á tiempo que tiraba una de las lámparas y uno de los candelabros, de los dos que habia encendidos, un tremendo golpe dado en la puerta de la sala, hizo saltar el pestillo y abrirse las hojas de par en

par, entrándose en tropel una banda de aquellos demonios, de que se rodeó un gobierno nacido del infierno, y maldito para siempre jamás en la historia de las jeneraciones arjentinas.

Un grito horrible, como si en él se arrancasen las fibras del corazon, salió del pecho de la pobre Amalia, y desprendiéndose de las manos casi heladas de Pedro, y de los débiles brazos de su tierna Luisa, corrió á escudar con su cuerpo, el cuerpo de su Eduardo, mientras Daniel tomó el sable de Pedro ya espirando, y corrió tambien al gabinete.

Pero junto con él los asesinos entraron. Y cuando Eduardo oprimia contra su corazon á su Amalia para hacerla con su cuerpo una última muralla, todos estaban ya confundidos; Daniel recibia una cuchillada en su brazo derecho; y una puñalada por la espalda atravesaba el pecho de Eduardo, á quien un esfuerzo sobrenatural debia mantener en pié por algunos segundos, porque ya estaba herido mortalmente. Y en ese momento, en que era sostenido apenas, en un ángulo del gabinete, por los brazos de su Amalia, mientras que su diestra se levantaba todavia

por los impulsos de la sangre, y amedrentaba á sus asesinos; y cuando Daniel en el otro ángulo, con el sable en su mano izquierda, se defendía como un héroe; en ese momento en que dos bandidos cortaban en la sala la cabeza de Pedro, unos golpes terribles se daban en la puerta de la calle. Luisa que habia ganado el zaguán despavorida, conoce la voz de Fermin, descorre el cerrojo, y abre la puerta.

Entonces un hombre anciano, cubierto con un poncho oscuro, se precipita gritando con una voz de trueno, pero dolorida, como la voz que es arrancada del corazón por la mano de la naturaleza:

—Alto, alto, en nombre del Restaurador!

Y todos oyeron esta voz, menos Eduardo cuya alma, en ese instante, se volaba á Dios, y su cabeza caía sobre el seno de su Amalia, que dobló ecsánime su frente, y quedó tendida en un lecho de sangre junto al cadáver de su esposo, de su Eduardo.

En ese instante el reloj daba las 11 de la noche.

—Aquí, padre mio, aquí; salve usted á Amalia,
—dijo Daniel, al oír la voz y conocer á su padre.
Y al mismo tiempo el jóven, que habia recibido

otra profunda herida en la cabeza, caía sin voz y sin fuerzas en los brazos de su padre, que con una sola palabra habia suspendido el puñal, que esa misma palabra levantára para tanta desgracia y tanto crimen !





ESPECIE DE EPILOGO.

La crónica, que nos revelará mas tarde quizá, algo interesante sobre el destino de ciertos personajes que han fijurado en esta larga narracion, por ahora solo cuenta que al siguiente dia de aquel sangriento drama, los vecinos de Barracas, que entraron por curiosidad á la Quinta asaltada, no encontraron sino cuatro cadáveres : el de Pedro, cuya cabeza habia sido separada del tronco, y los de tres miembros de la Sociedad Popular Restauradora ; y que allí estuvieron hasta la oracion de ese dia, en que fueron sacados en un carro de la policía, á la vez que eran robados los últimos objetos que quedaban en las cómodas, mesas y roperos.

Se cuenta tambien, que Don Cándido Rodriguez, despues de la muerte del Señor Slade, acaecida pocas semanas despues de los sucesos que se acaban de conocer, fué obligado por un juez de Paz á salir de la casa del Consulado, porque decididamente se resistia á dejar el territorio de la Union, aun despues de la muerte del Cónsul, y de quedar la casa sin Consulado.

Y de Doña Marcelina, solo se sabe que un dia vino á proponerle su mano á Don Cándido, como un vivo recuerdo de los peligros que juntos habian corrido; lo que Don Cándido rechazó horrorizado.





TABLA GENERAL.



TOMO PRIMERO.

Los Editores.....	PAG. 3
Esplicacion	5

Parte primera.

CAPÍTULO I.	Traicion.....	7
“ II.	La primera curacion....	43
“ III.	Las cartas.....	81
“ IV.	La hora de comer.....	95
“ V.	El comandante Cuitiño.....	137
“ VI.	Victorica.....	153
“ VII.	El caballero Juan Enrique Mandeville.....	171

TOMO SEGUNDO.

“ VIII.	El amanecer.....	5
T. VIII.		12

CAPÍTULO	IX.	El Anjel y el Diablo	PAG. 15
“	X.	Una ajente de Daniel	47
“	XI.	Donde aparece el hombre de la caña de la India	65
“	XII.	Florenia y Daniel	89
“	XIII.	El Presidente Salomon	113

Parte segunda.

“	I.	Amalia Saenz de Olabarrieta	137
“	II.	Como una sola puerta tenia tres llaves	159

TOMO TERCERO.

“	III.	Treinta y dos veces, veinte y cuatro	5
“	IV.	Quinientas onzas	23
“	V.	La rosa blanca	41
“	VI.	Veinte y cuatro	67
“	VII.	Escenas de un baile	75
“	VIII.	Daniel Bello	105
“	IX.	Promesas de la imajinacion	135
“	X.	Donde continúan las escenas de un baile	149
“	XI.	Escenas de la mesa	165
“	XII.	Despues del baile	181

TOMO CUARTO.

Parte tercera.

CAPÍTULO	I. En Montevideo.....	PAG. 5
“	II. Conferencias	13
“	III. Continuacion del anterior.	31
“	IV. Indiscreciones.....	69
“	V. Monólogo en el mar.....	79
“	VI. Doña María Josefa Ezcurra	89
“	VII. La pareja.....	111
“	VIII. Preámbulo de un drama...	117
“	IX. El primer acto de un drama	145
“	X. Una noche toledana.....	165
“	XI. Continuacion del anterior.	177

TOMO QUINTO.

“	XII. De como se léen cosas que no están escritas.....	5
“	XIII. Como sacamos en limpio que Don Cándido Rodri- guez se parecia á Don Juan Manuel Rosas.....	27
“	XIV. Los dos amigos.....	41

CAPÍTULO XV.	Amalia en presencia de la policía.....	PAG. 55
“	XVI. Todos comprometidos....	73

Parte cuarta.

“	I. El 16 de Agosto.....	89
“	II. El Gobernador delegado.	121
“	III. De como era y no era Go- bernador delegado Don Felipe	147
“	IV. De como Don Felipe Ara- na esplicaba los fenóme- nos del magnetismo....	165

TOMO SESTO.

“	V. Así fué.....	5
“	VI. Sor Marta del Rosario....	23
“	VII. Como Don Cándido se decide á emigrar, y cuales fueron las consecuencias de su pri- mera tentativa	33
“	VIII. La Guardia de Lujan y San- tos Lugares	49
“	IX. Manuela Rosas	71

CAPÍTULO X.	Continuacion del anterior..	PAG. 89
“	XI. De como empezó para Daniel, una aventura de Foublas	103
“	XII. El despertar del Cura Gaete.	117
“	XIII. La Casa Sola.....	137
“	XIV. Aparicion.....	155
“	XV. El jefe de Dia.....	179
“	XVI. Continuacion del anterior..	195
“	XVII. Patria, amor y amistad....	209

TOMO SETIMO.

Parte quinta.

“	I. Setiembre.....	PAG. 5
“	II. Santos Lugares.....	17
“	III. Un vaso de sangre.....	35
“	IV. Donde aparece, como aparece siempre, nuestro Don Cándido Rodriguez.....	71
“	V. Píldes enojaço.....	93
“	VI. El contrabandista de hombres	113
“	VII. El jefe de ronda.....	127
“	VIII. La ballenera.....	147
“	IX. La ronda federal.....	169

TOMO OCTAVO.

CAPÍTULO	X. Primavera de sangre....	PAG. 5
“	XI. De cuarenta, solo diez...	19
“	XII. La ley de hambre.....	37
“	XIII. El traje de boda.....	53
“	XIV. Asilo inglés.....	71
“	XV. Mr. Slade.....	89
“	XVI. De como Don Cándido Ro- driguez era pariente de Cuitiño	107
“	XVII. El reloj del alma.....	129
“	XVIII. El velo de la novia.....	141
“	XIX. El tálamo nupcial.....	157
	Especie de Epílogo.....	175



